

A silhouette of a person's leg and foot is visible on the left side of the image, set against a background of a sunset or sunrise. The sky transitions from a bright yellow near the horizon to a deep red and orange at the top. The overall mood is dramatic and atmospheric.

EMMANUEL ISAAC

CAÍN

VOL. 1

CAÍN

VOL. 1

EMMANUEL ISAAC

Todos los derechos reservados

Emmanuel Isaac © 2015

No se permite la reproducción total ni parcial de este libro sin la autorización previa del autor.

Correcciones:Nadín Velázquez

Diseño de portada y diagramación de interior:Natalia Hatt

www.publicaenamazon.com

Para Mariela

PRÓLOGO DE UNA TRAGEDIA

El poder corrompe a las personas, de eso estoy seguro. Incluso el ser más puro e inocente puede llegar a ser infectado tan solo por hacer un mínimo contacto con este. Es un veneno que a lo largo de la historia ha conseguido causar las catástrofes más grandes y atroces que el hombre haya imaginado.

Por cierto, me llamo Nico. A mis dieciocho años la realidad golpeó con fuerza y de imprevisto en mi rostro. Para cuando me percaté de lo que sucedía, ya me encontraba con el agua hasta el cuello y con un prontuario bastante perturbador para alguien tan joven. Puede llegar a ser muy duro para un adolescente dar sus primeros pasos en la vida adulta, sobre todo cuando comienza a experimentar «el desencantamiento del mundo», cuando los sueños y expectativas de su vida comienzan a derrumbarse de la noche a la mañana, cuando los colores se tiñen de gris y, sin importar cuánto optimismo queramos darle a las cosas, se nos hace tan difícil volver a poner color donde ya no lo hay.

Seguro se preguntarán por qué me es tan importante hablarles del poder o de dónde ha salido mi obsesión por este. Solo tengo una respuesta para eso: al igual que otros, yo también fui corrompido. Sin embargo, mi caso fue un poco peculiar si tengo que compararlo con aquellos más materialistas o egomaniacos. Ya han oído hablar de esos: gente que piensa que puede conseguirlo todo con el dinero, gente que cree que puede llegar a pisotear a quien se le cruce con el fin de escalar cada vez más alto, gente que llega a estar por completo convencida de que tiene la propiedad de la vida de sus semejantes... Y la lista continúa y continúa.

Bueno, la idea que tienen de mí está errada si piensan que llegué a caer tan bajo. Tampoco me siento orgulloso por lo que soy o por quien fui, ya que de todos los pecados habidos y por haber creo que a mí me tocó cometer el más grave de todos. Cuando una persona comienza a decidir qué es bueno y qué es malo para los demás, quién merece ser perdonado y quién merece un castigo, esa persona ha llegado tan lejos, a tal punto, consciente o inconsciente, que está jugando a ser Dios.

Cuando por fin tuve conciencia de lo que había hecho, del ser en quien me había convertido, fue cuando decidí aceptar la realidad y me recliné en este lugar. Ya no hay nada que me conecte a mi otra vida.

Lejos de la televisión, la radio y los diarios, mi mundo solo se limita a estar confinado en este lugar oscuro que elegí para pasar el resto de mis días. La realidad puede llegar a golpear con tanta fuerza que en nuestro intento por responderle muchas veces llegamos a ser muy severos con el mensaje que queremos devolver. Puedo llegar a ser irónico, pero si de algo estoy seguro es de que el arrepentimiento solo le llega a uno recién después de haber pecado, nunca antes.

Nada tengo que extrañar de mi pasado, y con el daño que he causado, seguro no debe haber nadie que me extrañe allá fuera. Si bien no soy de esos que tienen facilidad para hablar de sí mismos, tampoco recuerdo mucho de lo que solía hacer en esos días. Mi memoria es una sucesión de hechos fragmentados y desordenados que, si tuviera que darles una imagen, diría que es como un álbum de figuritas recién comenzado: tenés algunas piezas del inicio, otras del final, pero aún te hacen falta decenas.

He intentado unir de nuevo las piezas de mis recuerdos y darle alguna forma a este relato. Por el momento, no tengo más que hechos aislados, sin una cronología precisa, rodeados de cientos de lagunas.

Algunos recuerdos parecen más sueños que hechos vividos, mientras otros son simples párrafos escritos en hojas de cuaderno. También cuento con las anécdotas de mis seres queridos, pero no son de demasiada ayuda ya que no logro reconocermé en

sus palabras.

Si tuviera que serles sincero, no sé si quisiera acordarme de lo que anduve haciendo cuando estaba en libertad. No si es cierto que solo conseguí empeorar todo aquello que traté de solucionar, pero siento que necesito desahogarme y sacarme de encima todo esto antes de que comience a enloquecer dejando atrás mi existencia.

A simple vista estamos en presencia de un completo fracaso, algo que muchos desearían olvidar y que tengo el privilegio de no recordar. Parece que no soy una persona muy confiable al momento de querer ayudar a otros. Siempre deseé una vida llena de amor y risas, y todo lo que atraje fue dolor y lágrimas a quien quise dar felicidad.

Ni diez vidas serían suficientes para perdonarme lo que le hice a ella. Y aunque reciba el perdón de Dios por todos los pecados que he cometido y por todo el dolor que le causé al ser más dulce que pudo llegar a caminar sobre la superficie de esta tierra, y aunque ella misma se presentase frente a mí y llegase a presenciar de esos labios que con tanto deseo codicié un «te perdono», creo que seguiría sin obtener mi propio perdón.

Parece que no estoy hecho para lidiar con las relaciones personales.

Al menos, ahora nadie puede decir... que no hice el intento.

MUY CONFUSO

¿Cómo y cuándo comenzó esta tragedia? Solo puedo decirles que fue en el momento menos pensado. Y no exagero al usar la palabra «tragedia». Es posible que las condiciones estuvieran lo suficientemente latentes para que el principio no se hiciera esperar.

Siempre fue mi costumbre fumar un cigarrillo antes de acostarme a dormir. Por alguna razón, es un hábito que aún no he podido abandonar pese a que le dedico varias horas al entrenamiento de mi cuerpo. Debo fumar a escondidas de Leandro, ya que si se entera de que sigo con el hábito, me obliga a golpear la bolsa de box hasta que me quedo sin aire.

¿Qué les puedo decir? En una particular noche, por un momento, todo parecía demasiado habitual. Yo terminaba de ver una película de unas tres horas en la televisión y me dispuse a encender mi cigarrillo a modo de ritual en preparación a ocho o nueve horas de sueño continuo. Salí al frente de casa a fumar, como de costumbre, y a sentarme en un cantero que se encuentra junto a la entrada.

Mientras buscaba dentro de mi paquete de Marlboro, pude notar con la punta del dedo índice que de extremo a extremo solo conseguía tocar el envoltorio.

«¿Será posible?».

Había olvidado comprar un atado nuevo y hacía unas doce horas, sin darle mucha importancia, había tenido el descuido de regalar mi último cigarrillo a un transeúnte que había cruzado de regreso a casa.

Solo tenía dos opciones: o bien podía acostarme a dormir y esperar a comprar el día siguiente (la elección más lógica y razonable para la mayoría), o bien podía salir a comprar un atado a un kiosco que se encontraba a unas dos cuadras de casa.

Pareciera que el hábito es más fuerte que la razón, porque sin pensarlo busqué la llave de la reja del frente de casa y emprendí mi viaje hacia el destino que marqué.

El recorrido hacia el kiosco es más corto de lo que puede parecer cuando uno escucha que le dicen dos cuadras. En realidad, uno puede medir el trayecto y se encuentra con que no son más de ciento diez metros, quizás ciento veinte. No se necesitan más de cinco minutos.

Cuando estaba llegando a la esquina del kiosco, pude notar por la aspereza de la superficie que pisaba que había salido de casa descalzo (por suerte, me encontraba vestido). Luego de contemplar mis pies, alcé la vista y pude divisar que al otro lado de la calle había un grupo de jóvenes que se encontraban formando un semicírculo, simulando una especie de barrera humana.

Mi primera reacción, por supuesto, fue dar media vuelta con disimulo y regresar por donde había llegado. Tenía la suerte de hallarme a sus espaldas y aún no se habían percatado de mi presencia. No fui hecho para lidiar con grupos numerosos, mucho menos en plena madrugada y sin la posibilidad de recibir ayuda de ningún tipo. Excepto por ellos y yo, la calle se encontraba por completo desierta.

En eso que di media vuelta en dirección a la ruta por la que había llegado y comencé a caminar regresando a casa, alcancé a escuchar algo:

—¡Soltame...! —exclamó una voz femenina.

Fue así que volteé de la sorpresa para que mis ojos corroboraran lo que habían percibido mis oídos y entonces la vi. Una joven de cabello largo y ondulado se encontraba de pie, acorralada por aquel grupo que no iba a dejarla salir hasta conseguir lo que buscaba.

Mientras tanto, yo me encontraba inmóvil, tratando de determinar si debía intervenir de alguna forma o si debía irme y llamar a la policía desde casa. Sabía que no podía

interponerme yo solo sin recibir alguna clase de represalia, pero también era cierto que si esperaba a llegar a casa para levantar el teléfono, iba a ser demasiado tarde.

En mi parálisis, pude darme cuenta de que sin importar qué decisión tomara, no iba poder moverme del lugar donde me encontraba. No podía avanzar ni retroceder. Tal vez era miedo o solo indecisión, pero recuerdo a la perfección la descarga de adrenalina que comenzó a circular por mi cuerpo cuando escuché la voz de esa chica. Ante eso y sumada a mi estado catatónico, la ansiedad aumentaba y aumentaba al nivel de aceleración de un auto de carreras. Me hallaba por completo desorientado. La temperatura de mis extremidades comenzó a aumentar, de mis poros brotaba un sudor frío que humedecía mis manos.

Los latidos de mi corazón golpeaban mi pecho, una y otra vez, con tanta fuerza y velocidad que podría jurar que hacían que vibrara todo mi cuerpo.

Y así sin más, de pronto y sin previo aviso, pese a la gran exaltación y frenesí... todo se apagó.

Cuando desperté, me encontraba acostado en el suelo. Trataba de entender lo que me había pasado, pero ni siquiera recordaba por qué me encontraba en esa posición.

Sentí que alguien me sacudía intentando despertarme, empujando con una mano mi hombro.

Conseguí enfocar la vista y pude distinguir a la muchacha que hacía un momento había visto al otro lado de la calle rodeada por esos tipos. Su rostro expresaba miedo y preocupación mientras intentaba con el teléfono celular llamar a la policía al mismo tiempo que me sacudía sin detenerse, tratando de reanimarme.

Noté un pequeño brillo en sus ojos.

«¿Está llorando?».

Intenté levantarme, pero apenas conseguí quedar sentado en el suelo.

Cuando miré a mi alrededor, no podía entender lo que mis ojos atestiguaban: tendidos en el suelo, completamente inconscientes y algunos heridos de gravedad, fue como encontré a los atacantes que rodeaban a la chica.

—Nico, acabo de llamar al 911. Ya mandaron un móvil para acá. ¿Cómo te sentís? ¿Te duele algo?

—No, estoy bien. Solo un poco desorientado. —Me llevé la mano a la cabeza intentando recordar algo—. ¿Qué pasó?

«¿Por qué sabe mi nombre?».

A lo lejos se escuchaban las sirenas de la policía acercándose poco a poco.

Sea lo que sea que haya pasado esa noche, solo recuerdo la impotencia que sentí cuando me di cuenta de que no había sido capaz de ayudar a esa chica. En mi lugar, alguien acudió a la escena y no solo intervino, sino que también tuvo la suficiente osadía de hacerse cargo de un grupo de siete jóvenes adultos.

El lugar parecía un campo de batalla que había presenciado una guerra entre pandillas, y a mi alrededor solo habían quedado los heridos que debieron ser abandonados en una obligada retirada.

Nada pude saber acerca de aquella persona que actuó mientras me encontraba inconsciente. Y la chica que tenía todas las respuestas comenzó a alejarse de mí mientras el ruido de las sirenas se hacía cada vez más intenso.

Todo lo que llegué a percibir fue una palabra que leí en sus labios mientras volteaba, poco antes de perderse en la oscuridad.

¿«Gracias»?

NATALIA

¿Alguna vez sintieron estar enamorados de la persona equivocada? Y aun así, no podían evitar quererla.

Mi relación con Natalia fue desde el primer momento «conflictiva».

Más allá de las peleas o discusiones que se pueden llegar a tener con alguien, también estaba seguro de que éramos polos opuestos.

Nuestro destino nos llevó a una colisión inevitable, al igual que una ola golpea las piedras de un acantilado y este hace de barrera para que la ola no continúe su curso; así es como siempre describí nuestra relación (ustedes imaginarán quién es quién en este juego de roles, no cuesta mucho trabajo).

Habremos estado en otoño y tan solo habían pasado unos cuantos días desde el inicio de clases en la facultad, cuando al entrar a la biblioteca con mi amigo Leandro y un grupo de compañeros, las olas me golpearon por vez primera.

—¿Así que voy a tener que soportarte por los próximos cinco años? —me dijo una pequeña silueta parada frente a mí.

Quedé atónito ante tal expresión. Yo no sabía si lo decía con tono de rechazo o solo intentaba atraer mi atención. Algo que, de hecho, consiguió.

Miré con cara de desconcierto a Leandro, mi mejor amigo y compañero de entrenamiento, quien solo atinó a sonreírme y encogerse de hombros, e intentando seguir la corriente, ofrecí mi mejor expresión para momentos como aquel.

—Y sí, no te queda otra —repliqué.

Por suerte tengo la suficiente paciencia para tratar con muchísima amabilidad a la gente sin importar lo intolerante que sea. De seguro otro en mi lugar la habría mandado a la mierda.

Por desgracia, más allá de la actitud de esa primera impresión, esta chica era demasiado linda, lo cual inhibía todo impulso de tratarla con el sarcasmo que tanto me caracteriza. Bueno, al menos, a la primera.

—Soy Natalia, ¿y vos sos...?

—«El insoportable». —Mi primera reacción fue intentar ser gracioso, lo que resultó, ya que conseguí robarle una sonrisa—. Nico —aclaré después de reírme junto con ella.

A simple vista, Natalia aparentaba tener quince años debido a su baja estatura, aunque en verdad tenía veinte. Su pelo era lacio, un poco maltratado y teñido, quizás por ella misma, de un color negro con algunos mechones verdes.

«En serio, ¿por qué ese color?».

A partir de nuestro primer encuentro, Natalia, Leandro y yo nos volvimos un grupo de amigos estable. Ella pasaba más tiempo con nosotros que con el resto de las chicas con quienes cursábamos. En su defensa, creo que no se llevaba muy bien con las demás.

De a momentos, sus rasgos me recordaban mucho a la chica que aparecía con frecuencia en mis sueños. Eran esos fugaces instantes de dulzura y timidez, cuando se le ponía la cara colorada, los que hacían un buen acercamiento a esa extraña ninfa que incontables veces me provocaba el deseo de dormir todo el día para no tener que alejarme de ella. Claro que en el caso de Natalia solo podía disfrutar de estos momentos el diez por ciento de las veces, ya que el noventa por ciento restante era la chica peleadora, posesiva, celosa, capaz de morderme si me veía hablando con otra. Aun así, en su totalidad era cien por ciento adorable.

Nunca entendí tal comportamiento, ¿acaso sentía algo por mí? Muchas veces me lo pregunté, pero al instante se respondían mis dudas cuando la veía mirar a algún tipo facherero de esos que tanto le gustaba buscar cuando salíamos a bailar.

¿Cuántas veces habré ayudado a amigos a conquistar a la persona de quienes decían estar enamorados? El destino parece ser muy irónico, ya que nunca conseguí hacer o tener todo aquello que profesaban mis palabras.

Lo más doloroso que puedo traer a la conversación sobre nuestra relación siempre han sido los momentos de intensa dulzura que tuvimos. Los que borraban de mis recuerdos las incontables veces que Natalia me dejaba de lado en las salidas nocturnas para retirarse a algún rincón oscuro con algún chico que le gustaba esa noche.

Fueron muchas las veces en las que soñé con que un día fuera yo el elegido a quien tironease de la muñeca hacia algunos de sus escondites favoritos. Sin embargo, solo le serví de chaperón para llevarla cuando se cansaba de su conquista exprés.

Me rompía el corazón verla tener ese tipo de comportamiento. Yo sí era alguien que podía cuidar de ella, que podía, y quería, darle todo de mi ser. Nunca la quise para pasar nada más que un rato como hacían sus pretendientes, al contrario: mis sentimientos hacia ella siempre fueron sinceros.

Podrán creer que soy muy cursi o anticuado, pero la verdad es que siempre me sentí así respecto a ella. Es increíble lo mucho que se puede llegar a querer a una persona. A tal punto de tener que dejar de lado todo el orgullo para darle la razón en una discusión, con temor a que alguna de mis palabras generase algún rencorcillo que terminara por alejarla para siempre.

Fueron incontables las veces que soñé con perderla. Sé que nunca llegó a ser mía, pero lo que teníamos hasta el momento que arruiné todo de algún modo me bastaba para llenar mi corazón con una cuasi felicidad.

Creo que es demasiado tarde para pedir perdón. Y aún más para decirle que la amé, palabras que nunca llegaron a salir de mi boca por temor a que mis verdaderos sentimientos por ella la alejasen de mi lado.

Mi mundo perdió todos sus colores cuando supe de Alejandro. Ella nunca había demostrado tanto interés en alguien como en esta ocasión. Mis celos y mi odio por ese intruso que venía a meterse en medio de nuestra relación eran tan corrosivos que ese mismo día, después de conocerlo, pasé toda la noche sin dormir inventándole defectos, cuestionando cada palabra que salía de la boca de Natalia cuando lo describía.

¿Alejandro era alto y fuerte? No, más bien un escuálido que no llegaba al metro setenta.

¿Acaso era alguien inteligente? No, más bien un poco bobo.

¿Qué tenía de especial, entonces, para cautivar de manera tan instantánea el corazón de esta chica?

La respuesta que recibí fue muy simple y hasta confesaría que quedé en shock cuando la escuché:

—Simplemente me gusta. No sé por qué, solo quiero que me dé bola —fue todo lo que dijo.

¿Cómo competir con eso? No importaba todo el esfuerzo que había hecho para amoldarme al estereotipo de hombre que le gustaba. No importaban las horas que había pasado entrenando, haciendo dieta, hasta conseguí un trabajo... Nada de eso importaba ya. Yo era su amigo... Solo éramos amigos y eso no iba a cambiar, pasara lo que pasara.

O eso creía.

AÑO NUEVO

El primero de enero recuerdo haber despertado con un fuerte dolor de cabeza. Era más que obvio que habíamos estado celebrando fin de año con mi familia y, como muchos, solemos beber bastante. Sin embargo, no recuerdo haber estado tomando tanto alcohol como para encontrarme tan dolorido y desorientado.

Como es costumbre, después de un veinticuatro o treinta y uno de diciembre, suelo levantarme al mediodía del día siguiente y para entonces seguro mi padre ya se encuentra en la parrilla, encendiendo el fuego. Yo, por mi parte, solo tengo estómago para tomar alguna infusión que alivie un poco mi malestar. El mate amargo es siempre mi primera opción. Sin embargo, esa mañana en particular había sido muy poco convencional.

Al despertar, lo primero que vi fue un techo que no conocía. Quise voltearme para ver bien a mi alrededor y conmigo no solo se encontraba un fuerte dolor de cabeza, sino que también la espalda me dolía bastante.

Debajo de mí no había una sábana, mucho menos un colchón, sino que me encontraba durmiendo sobre una especie de banco hecho con una losa de hormigón, y en lugar de ventanas que dejaran entrar la luz, me encontré con barrotes de hierro.

«¿Estoy preso?».

En cuanto notaron que estaba despierto, un oficial se acercó y abrió la celda. Me pidió que lo acompañara hacia otra habitación y me dijo que tenían algunas preguntas que hacerme.

A simple vista parecía una habitación de interrogatorios, aunque me llevé una pequeña desilusión cuando no encontré ningún espejo de esos que sirven para observar al acusado sin ser visto. Tampoco se les ocurrió hacer el juego del policía bueno y el policía malo.

«Tengo que dejar de ver tanta televisión».

Al cabo de unos minutos de ingresar en la habitación de «interrogación», me dejaron a solas con un hombre vestido de traje. Si era un policía, estaba de civil, tal vez era un inspector.

En cuanto se cerró la puerta, el señor fue al grano sin vacilar un segundo.

—¿Puede acordarse de algo de la noche de Año Nuevo?

—Me acuerdo de algo —contesté—, pero tengo muchas lagunas, quizá sea por haber tomado un poco alcohol. —Bastante, en realidad.

—¿Qué recuerda de esa noche? ¿Qué comieron, por ejemplo?

—Mi padre cocinó un cordero en la parrilla.

—¿Algo más? —preguntó.

«¿Cuán diferente puede ser la noche del treinta y uno de diciembre de una familia argentina?».

—También comimos sándwiches, tomamos gaseosa y después de comer nos sentamos en la puerta para brindar como hace mucha gente.

—¿Qué tomaron?

—Champán dulce, con lo que brindamos. Después seguimos tomando un licuado que hicimos con ananá, manzana y sidra.

—¿Algo más?

Unos minutos después de las doce de la noche acababa lo que guardaba en mi memoria. Parecía que hubiera realizado un salto en el tiempo desde alrededor de las cero y treinta hasta esa mañana cuando desperté.

—No me acuerdo de otra cosa —le contesté.

El inspector se quedó unos segundos en silencio, con su mirada analítica sobre mí.

—Tengo unas grabaciones que me gustaría que escucharas. Quizá te aclaren algunas dudas sobre la noche del treinta y uno.

Sacó dos casetes y una tarjeta de memoria micro.

Los casetes parecían ser de una grabadora portátil, como esas que se utilizan en las entrevistas. La tarjeta de memoria tal vez era de una cámara digital. La cámara de fotos de mi casa tiene una tarjeta muy parecida a esa.

Puso a reproducir el primer casete. Era un hombre adulto el que hablaba. La voz parecía de alguien que tenía alrededor de treinta años:

—Estábamos haciendo el recorrido de rutina que suele hacerse los días de fiestas cuando nos detuvimos en una casa a la cual se le había hecho una denuncia por molestar a los vecinos. Por lo general, solo acudimos al lugar y tratamos de terminar con el disturbio para que la situación no pase a mayores. Uno está acostumbrado a tratar con gente que se encuentra en estado de ebriedad... pero este hombre era completamente diferente. Si bien olía a alcohol, lo que confirmaba que había estado bebiendo, su comportamiento era de manera tan sobria, tan seria, y las palabras salían de su boca como si estuviese recitando un poema. Se oía muy educado, pero a la vez su forma de hablar denotaba cierto tono de agresividad. No nos gritaba, mucho menos nos faltaba el respeto, aun así, nos paralizó del miedo. Por un momento me sentí tan impotente y miserable que solo sentía el impulso de alejarme de ahí. Después comenzó a acercarse hacia nosotros... y en su expresión podía notar que su actitud era hostil. Cuando intenté sacar mi arma reglamentaria después de darle reiteradas veces la orden de alto, comenzó a golpearme con una ferocidad tal que no le bastaron más que un par de golpes para dejarme tendido en el suelo.

De algún modo, ese relato me sonaba muy familiar. La última vez que me hablaron acerca de esa situación me la describieron de la misma manera.

—¿Recuerda algo o podemos seguir? —preguntó el inspector.

Tomó el otro casete y lo reprodujo. Solo podía escucharse a una persona tratando de interrogar a lo que parecía ser un hombre más joven que el anterior. Su voz se escuchaba entrecortada, como si estuviese llorando.

—Este es el testimonio de un cadete que dejó la academia unos días después de que le tocara acompañar a un oficial en el recorrido que tenían que hacer la noche del treinta y uno de diciembre. Sin embargo, lo que tengo en la tarjeta de memoria puede llegar a interesarle aún más.

Tomó la tarjeta, la colocó en un adaptador y la conectó a una *notebook*.

Dentro de la memoria solo se encontraba un archivo de vídeo. Cuando le dio *Play*, todas mis sospechas se contestaron en esos pocos minutos.

Ahí estaba él, a quien mi amigo Leandro llamaba Caín. Al parecer, uno de mis hermanos grababa un vídeo con la cámara de fotos ese día. Siempre escuché comentarios y testimonios sobre aquel hombre, pero nunca pude verlo.

Ahora que estaba ahí, en la pantalla, sentí como si lo tuviera delante de mí, como si me estuviera mirando directo a los ojos. No podía creer lo que estaba viendo. Los policías habían llegado esa noche con una actitud prepotente cuando este tipo comenzó a desafiarlos. No importaba que fueran policías, mucho menos que lo superasen en número y, sobre todo, que estuvieran armados.

—Dígame, señor oficial, ¿alguna vez estuvo en el infierno? —preguntó Caín—. Se dice que es un lugar bastante grande. Tanto que posee varios sectores donde pueden albergar a diferentes tipos de personas. Se dice que a los ladrones les cortan las manos, que a los envidiosos les sacan los ojos y a las personas como usted, ¿sabe qué les hacen? A los vanidosos los hacen subir una colina de rodillas sobre un suelo de arena candente, y en la cima de la colina pueden apenas disfrutar de una cucharada de agua, la cual reciben como recompensa por subir. Después de beber el agua, son arrojados al vacío para comenzar de nuevo desde el principio. Siempre intentando

calmar una sed insaciable. Pero no se preocupe, señor oficial. Por más que pase mucha sed, jamás podrá morir por deshidratación, claro que la sensación debe ser insoportable de solo imaginarla.

El inspector posó su dedo en la barra espaciadora del teclado de la *notebook* para pausar el vídeo.

—Creo que eso es todo.

—Espere —le dije—. Quiero verlo entero.

Después, como había comentado en su testimonio el policía, Caín comenzó a acercarse con lentitud, produciendo pánico a sus futuras víctimas.

Uno de ellos se llevó la mano a la cintura, como queriendo sacar su arma, cuando su agresor avanzó en forma de estocada e hizo colisionar los nudillos de su mano derecha en la garganta del policía. El oficial no pudo hacer más que llevarse ambas manos a la garganta y desplomarse del dolor y asfixia.

Su compañero, el cadete, solo alcanzó a sentir un golpe que le rompió la pierna derecha, y al caer al piso, el talón de su agresor terminó por aplastar su nariz.

Yo, por mi parte, no podía creer el grado de brutalidad que acababa de presenciar.

¿Quién era ese tal Caín?

Solo pude notar una expresión de satisfacción que iluminó su rostro por un momento.

«Este tipo es un monstruo».

EL HOMBRE QUE NO AMABA A SU MUJER

Había asomado el verano y yo, como siempre, no tenía nada que hacer.

Me encontraba en óptimas condiciones para leer algo. Y me gusta recalcar esto, porque no soy muy devoto de la lectura.

Mi hermano se había comprado el último libro de la saga *El código Da Vinci*, ya había tenido la oportunidad de leer otros ejemplares de este autor y no iba a perderme por nada en el mundo otra aventura de Robert Langdon.

Así que me recosté en mi cama. Mi habitación ya se había ventilado bastante en la mañana, y como ya no daba el sol en esa parte de la casa, se podía disfrutar de una frescura bastante agradable.

El símbolo perdido se titulaba el ejemplar. La trama: un clásico policial donde intervenían sociedades secretas y algunos agentes del gobierno norteamericano.

No llevaba ni dos páginas cuando escuché algo que me sacó de mi concentración.

Lo primero que se me ocurrió fue que eran los chicos que jugaban en la calle, que andaban corriendo de un lado para otro como una tribu de indios haciendo la danza de la lluvia.

Era muy común que jugasen de manera tan escandalosa, a eso sumemos su estricta dieta de golosinas y gaseosa. Estábamos en vacaciones de verano, por supuesto, era inevitable.

Intenté seguir con mi intrigante lectura. Langdon había sido apartado una vez más de su rutina e invitado por un asesino serial con delirios místicos para que hiciera el intento de atraparlo.

El escenario principal era el museo Smithsonian, y así como en *El código Da Vinci* buscaban el paradero del Santo Grial, esta vez nos encontrábamos en la búsqueda incansable de la pirámide Masónica. Este tipo de historias me obligaban a terminar el libro de una sola leída, cortando apenas unos minutos para comer y beber algo.

De nuevo, los gritos que venían de fuera volvieron a sacarme de mi mundo de ficción.

Para mi asombro, esos gritos lejos estaban de ser de chicos jugando en la calle.

Eran los gritos de una niña, y no de cualquier niña. Los disturbios provenían de la casa de enfrente.

Salí a la calle para tratar de entender un poco lo que estaba pasando. Lo mismo intentaron hacer muchos de los vecinos de la cuadra.

Mi madre le dijo a mi hermano que llamase a la policía, pero yo sabía, en el interior, que todo esto iba a terminar antes de que llegase algún patrullero.

El grupo familiar de enfrente estaba compuesto por un hombre, su mujer y su hija. No hace mucho que habían llegado al barrio y quizá por eso no se hablaban demasiado con los vecinos de la cuadra. Lo que más me preocupó era que el tipo tenía antecedentes. Tenía varias entradas en la comisaría e innumerables llamados de atención por violencia doméstica. Si bien la mayoría de las denuncias se limitaban a que los vecinos escuchaban gritos y cosas que se rompían mientras el hombre andaba de un lado al otro en condiciones de ebriedad, había algo que evitaba que me tranquilizara.

Ya habían pasado entre diez y quince minutos, y la comisaría no se encontraba a más de cinco cuadras.

«Ya tendrían que haber llegado».

Los vecinos seguían sumándose a la audiencia que se encontraba en la calle. Todas las miradas se dirigían al mismo domicilio.

«¿Cuánto más pensará tardar la policía?», era el único pensamiento que se cruzaba

por mi mente.

Me recuerdo buscando en todas las direcciones tratando de divisar algún patrullero en el horizonte. Para colmo, la niña pedía a gritos que por favor alguien fuera a hacer algo, pero la calle solo estaba llena de espectadores, ningún actor que se animara a subir al escenario.

«¿Qué tanto miran? ¿Nadie piensa ir a ver qué pasa en esa casa?». Ni siquiera los vecinos de al lado, que son muy amigos de esa familia, se atrevían a entrar.

Yo no aguantaba más. La ansiedad me estaba matando por dentro. Comencé a sudar, mi temperatura iba en aumento. Pude notar que mi pulso se aceleraba, los latidos de mi corazón retumbaban en mis oídos. Los temblores por la adrenalina me podían indicar solo una cosa: «hay que hacer algo».

De pronto todo se detuvo...

Había que hacer algo, pero yo no era ese actor que tanto esperaba ver la audiencia, quien pudiera tomar esa responsabilidad.

Caín estaba de vuelta.

Subió las escaleras de mi casa, necesitaba la llave de la reja. Bajó casi de un salto las escaleras, como si se encontrara en una película de acción, y salió a la calle.

—Este mismo miedo los va a condenar a desaparecer algún día —replicó entre dientes mientras atravesaba la calle dirigiéndose hacia el domicilio de enfrente.

Detrás de sí dejó la puerta de la reja cerrada con llave para evitar ser retenido. Ya lo habían reducido una vez cuando ocurrió el incidente con los dos policías y no iba a dejar que se interpusieran en su camino.

A sus espaldas, tras la reja, podía escuchar la voz de mi madre.

—¿Qué hacés? No te metas. Ese tipo es peligroso.

La frase de mi madre solo pudo hacerlo pensar en las veces que habrá repetido la misma advertencia durante su época de adolescente.

«No te metas». Caín solo podía sentir vergüenza por el grado de frialdad y falta de espíritu que provenían de esas palabras.

«¿Que ese tipo es peligroso? Tal parece que no causé una buena impresión cuando reduje a esos dos policías».

Inocente se oía el comentario de mi madre. Inocente decirle peligroso al hombre que estaba a punto de encontrarse con los ojos de su creador en los próximos segundos.

Mi madre pensó que frente a ella estaba su hijo el llorón, el frágil, ese que solo se quedaba mirando.

Inocente fue el no saber que frente a ella se encontraba su otro hijo: el sádico, el violento, aquel que transforma en caos todo orden construido.

—Permiso —pidió Caín para entrar.

Al atravesar el umbral, la primera persona que cruzó fue la niña, que se encontraba con el teléfono en la mano. Con un gesto con la cabeza le ordenó que saliera a la calle y se hizo paso entrando al comedor. Pudo divisar que el tipo se encontraba en un rincón. Tenía la mirada perdida. Pateaba y tiraba puñetazos a una puerta.

Observó que Caín se encontraba en la entrada del comedor y se volteó hacia él. En su mano derecha tenía un cuchillo de cocina.

—Parece que no voy a tener que contenerme esta vez. —Creyó que solo estaba golpeando a la mujer, pero con un cuchillo en la mano podía imaginar que sus intenciones eran otras—.

Señor, me haría un gran favor si soltara ese cuchillo y se alejara de la puerta. —El agresor se le abalanzó. Al igual que esos espadachines que suelen verse en los juegos olímpicos, lanzó una estocada con el cuchillo hacia el torso del intruso.

Con un rápido movimiento, Caín desvió el arma blanca con su mano izquierda. Muchas veces observé hacer lo mismo a muchos artistas marciales, sobre todo los practicantes de wing chun, pero por más que intentara reproducirlo, no podía hacerlo con éxito.

La ventaja de esta técnica radicaba en el hecho de que una vez desviado el golpe del atacante, su defensa quedaba abierta, y su cara y torso, descubiertos para aplicar cualquier técnica de corte frontal.

Aquello que no pude realizar con tanto empeño y tiempo de práctica, Caín lo había reproducido a la perfección. Su atacante también lo favoreció un poco con sus movimientos lentos e imprecisos. Luego de desviar el arma y dejar abierta la defensa de su víctima, Caín golpeó con su puño derecho, primero la nariz, después una ametralladora de puños que se intercalaban entre izquierdo y derecho (wing chun punch), golpeando uno tras otro en el mismo punto de impacto. Por fin, al cabo de varios golpes frontales, golpeó a su atacante (víctima) con su codo derecho en la sien y, luego de retraer su mano derecha como si fuera una espada envainada, lanzó un corte directo al cuello del enemigo.

Con eso bastó para controlar la situación.

El dueño de la casa se desplomó inconsciente.

—No fue tan complicado —dijo con un gesto de desilusión.

Yo por otro lado, después de perderme el curso intensivo de kung fu, por fin comenzaba a recuperar el sentido.

«¿Pero qué es esto que estoy sintiendo?».

—¡Ah! —grité como loco.

Sentí un fuerte ardor en el brazo izquierdo. Parecía como si me estuvieran marcando unas iniciales con hierro candente.

—¿Qué hacés? —le grité a mi madre, que se encontraba derramando una considerable cantidad de alcohol en mi brazo.

—¿Cómo qué hago? ¿Qué no ves?

Al bajar la vista en dirección al ardor que carcomía mi piel, pude notar que no era mi piel la que ardía. El alcohol hacía contacto directamente con mi carne. Un corte bastante profundo se veía en el exterior de mi brazo izquierdo.

Al parecer, ni siquiera Caín pudo aprender a la primera el bloqueo que yo nunca había podido hacer. Alcé la vista hacia la casa de enfrente y pude ver una camioneta de la policía estacionada frente a la casa.

Unos agentes hablaban con algunos vecinos en la vereda. Por fin, del interior de la casa se asomaba otro par de policías sacando a rastras lo que parecía ser el dueño de la casa, o lo que había quedado de él. Se lo veía bastante maltratado, con sangre en la cara y al parecer alguien le había roto la nariz.

Desde la vereda de enfrente, unos ojos se posaron sobre mí. El mismo inspector que me había interrogado en la comisaría se quedó observándome por un momento mientras mi madre intentaba, sin mucho éxito, detener la hemorragia de mi brazo. Por un momento pensé que cruzaría la calle y me pediría que lo acompañase. Pero solo se limitó a hacer un saludo con la cabeza y se retiró de la escena con el resto de los patrulleros.

DISTORSIONADO

El miedo que sentí por haber pasado una noche durmiendo en una celda pareciera que fue suficiente para que no volvieran a repetirse incidentes como lo que pasó en Año Nuevo o en la casa del vecino de enfrente o en la madrugada en que necesitaba cigarrillos. Si bien no hubo testigos que lo confirmaran —bueno, en realidad si existió uno, que después se desvaneció de mi vista cual si fuera un fantasma—, no me costó demasiado llegar a la conclusión de que el misterioso interventor de aquella noche fue Caín.

Muchas dudas se me despiertan cuando revivo aquella noche, pero estoy seguro de que aquella vez fue el primer episodio que tuve de esas características. No se me viene a la mente otro momento en el que me haya desvanecido así sin más.

La imagen de la chica fundiéndose con la oscuridad, al cabo de un tiempo, terminó por perturbarme bastante. ¿Por qué llamó por teléfono a la policía y después se fue antes que esta llegase?

Quizá tenía algo que ocultar, o no debía estar fuera en ese momento de la noche y, por lo tanto, nadie debía enterarse de que se había visto involucrada en una pelea callejera. Sin embargo, otros interrogantes surgen a raíz de circunstancias tan atípicas: ¿y si todo fue parte de mi imaginación? Podría explicar por qué el incidente no salió en ninguna noticia, así como también explicaría la razón por la cual la policía no me retuvo esa vez, y si la policía no me retuvo por haberme involucrado en una pelea, aunque sea para prestar declaración, quizás nadie llamó al 911, porque nadie estaba ahí. Por otro lado, lo sucedido la noche de Año Nuevo sí fue real. No solo existieron testigos que me lo describieron, sino que también quedó documentado en un vídeo, y a su vez, los golpes, raspones y cortes que he recibido en las últimas semanas son una prueba fehaciente de que, en cierto punto, alguien ha estado tomando prestado mi cuerpo.

Mis padres se vieron obligados a conseguir una junta médica para que siguiera mi caso. Lo sucedido con los policías podía ser con algo de suerte pasado por alto dada mi situación de ebriedad, pero el haberme lanzado a atacar a un hombre que estaba armado con un cuchillo fue más que una gota que hizo rebalsar el vaso. Fue un tremendo shock para ellos cuando tuvieron conocimiento de la existencia de Caín.

Cuando recomendó la junta médica que mi caso debía ser atendido por una colaboración interdisciplinaria entre un psicólogo y la junta de psiquiatras, un nombre surgió como recomendación. Gracias a Dios, el Dr. Domínguez no es de esos terapeutas que solo quieren verte medicado para mantenerte contento. Él sí se siente interesado en entender con muchas horas de terapia semanales las razones por las que llegué a padecer esta condición.

El tratamiento, según me explicó, debe seguir ciertos procedimientos en etapas, incluso, en muchos casos ni siquiera llega a ser necesaria la medicación del paciente. Claro que, en mi situación particular, debo tomar alguno que otro medicamento neuroléptico debido al fuerte grado de «agresividad» que puedo presentar en un brote psicótico.

¿Alguna vez tomaron algún medicamento antipsicótico? Tuve que duplicar mi entrenamiento físico para no subir de peso, y eso no es lo peor. Al cabo de escarbar en mis recuerdos, sesión tras sesión, lo primero que pudo salir a flote fue una fuerte predisposición de mi parte por acudir a la ayuda de las personas cuando estas se encontraban en alguna clase de dificultad. Por otro lado, tampoco le costó demasiado darse cuenta de mi gran afición al wushu y al taekwondo.

«Me gustan las artes marciales, ¿a quién no?», fue todo lo que le pude decir. El terapeuta no necesitó ser un genio para darse cuenta de que le estaba exponiendo solo

una parte de la verdad.

Todo lo que aprendí sobre disciplina y autocontrol se fue por el caño cuando liberé a Caín cual si fuera un perro rabioso a quien le encargaba desatar su furia sobre algún ser indeseado. Comencé a sentir como si necesitase de alguna forma a ese ser oscuro que se había engendrado dentro de mi corazón, aun si era consciente de que un día el perro podría llegar a morder a su propio amo.

NUESTRO PACTO

Los incidentes continuaron, pese a que comencé mi tratamiento con el Dr. Domínguez. Ya no se trataban de episodios esporádicos, producto de algún sobresalto de estrés, parecía que se había vuelto una rutina que ese otro ser que vive dentro de mí despertase cada vez que me iba a dormir por las noches.

Cuando por fin tomé conciencia de la existencia de Caín, él ya había conseguido abrirse camino en más de una ocasión, impartiendo justicia del modo que más disfrutaba. Era la forma como siempre deseé hacerlo, pero nunca me atreví.

Caín terminó por convertirse en el vigilante que siempre soñé ser de niño.

Hasta el momento, él había actuado solo, tengo que reconocer que lo estaba llevando muy bien. Sin embargo, dejaba muchas pistas e indicios que harían que, si fuera descubierto, cayéramos ambos bajo el radar de la policía (y algún que otro enemigo que hubiera conseguido en este tiempo *de freelancer*).

Si de algo estaba seguro era de que los blancos de Caín se correspondían todos con incidentes y/o situaciones que yo veía en televisión o leía en alguna página de noticias. «Parece que la ansiedad está bastante alta».

Tenía que encontrar alguna forma de hacer contacto con él para buscar, entre ambos, alguna especie de metodología que disimulase nuestras acciones para cuando yo tuviese que circular por la calle a la luz del día.

Si bien era cierto que debía ocultar su rostro, puesto que era la misma cara que debía usar yo para salir a la vía pública, también era necesario prever otras cosas. En más de una ocasión debí simular que tenía las manos heladas mientras andaba dentro de casa con guantes para poder ocultar mis nudillos de color morado y llenos de raspaduras producto de alguna golpiza clandestina. Otras veces, les hacía creer a mis padres que había sido asaltado en la calle o que me habían propinado una golpiza en alguna salida nocturna al momento en que me encontraban desayunando con algún ojo morado o un labio partido.

Por suerte, las heridas eran superficiales y no pasaban a mayores. Sin embargo, debido al gran número de peleas callejeras en las que me vi envuelto, mis padres se vieron obligados a suspenderme la asistencia al gimnasio, porque pensaban que me estaba volviendo violento. No me quedó otra que intentar mantenerme en forma entrenando solo en el patio de casa. Por suerte, mi amigo Leandro, con quien compartí muchas horas de entrenamiento, no me iba a dejar solo en esta y me prometió que entrenaría conmigo siempre que no le consumieran demasiado tiempo la facultad y el trabajo.

Por mi parte, si Caín y yo queríamos mantener nuestro estilo de vida vigente, debíamos cooperar para evitar ser descubiertos. Si cometíamos algún error, él podía llegar a terminar, alguna noche de estas, encerrado en la celda de alguna comisaria y yo debería recibir, a causa de ese descuido, medicación y tratamiento psiquiátrico de por vida.

Me decidí por dejarle una nota escrita donde lo ponía al tanto de mi conocimiento de sus acciones y de su existencia, así como también de mi necesitada predisposición para que intentáramos formar una especie de sociedad que beneficiara a ambos.

Íbamos a ser, en mi imaginario, algo parecido a la dupla del comisionado Gordon y Bruce Wayne.

¿Qué tipo de herramienta debía elegir para transmitir mi mensaje? Busqué lo más simple y directo: un cuadernillo de los que suelen usarse para tomar apuntes en la facultad. No acostumbro a tomar notas en clase, razón por la cual se terminan por apilar los cuadernillos en blanco en mi dormitorio.

Coloqué dos biromes en el anillado del cuadernillo, una era color azul y la otra roja. Decidí dejar mi nota escrita en color azul y me fui a dormir abrazado al cuadernillo con la expectativa de que Caín pudiera leer mi mensaje.

Mi nota era muy breve y directa, apenas ocupaba una carilla.

¿Cómo estás? Si pudiste encontrar esta nota, te darás cuenta de que estoy al tanto de todas tus acciones.

No quiero que te sientas amenazado, al contrario, quise comunicarme con vos para expresarte mi agradecimiento por todo lo que has hecho. Sin embargo, creo que deberíamos tomar ciertos cuidados, ya que los moretones con los que suelo amanecer están empezando a levantar sospechas.

Si me comuniqué con vos fue por mi deseo de que cooperemos juntos en esta empresa que venís administrando.

Espero tu respuesta y, por favor, evitá salir esta noche de la casa.

Desperté a la mañana siguiente y me encontré con el cuadernillo arriba de la almohada. Solo había un pequeño párrafo escrito en rojo con una letra que nunca había visto en mi vida.

Hola, Nicolás. Mi nombre es Caín. Debo destacar que despertó mi curiosidad la nota que me dejaste y decidí darte la posibilidad de contar con mi atención para que me expliques que es lo que tenés pensado hacer para ayudarme. Por lo de anoche, no te preocupes. No le pegué a nadie, aunque tuve que salir a visitar a una amiga que me estaba esperando.

Fue todo lo que me dijo. Lo bueno es que existía una leve posibilidad de que escuchara lo que tenía que decirle. Solo esperaba pudiéramos llegar a un arreglo antes de que descubrieran en mi casa las irregularidades de mi doble vida.

Lo que me desconcertó fue la existencia de una supuesta amiga que mencionó en la nota. Me sorprendió que pudiera sociabilizar con alguien.

Busqué mi teléfono en la mesa de luz para ver la hora, pero no pude encontrarlo.

«Bastaba más, ese Caín debe haberlo perdido anoche durante su visita nocturna».

MARIELA

Corría la primera clase del día en la facultad.

Apenas regresábamos de las vacaciones de invierno, y yo de tantas salidas nocturnas apenas había conseguido algo de tiempo para preparar una materia.

Mi rendimiento en el último examen había sido tan pobre que la profesora de la mesa se tuvo que apiadar de mí y aprobarme con un seis en compensación por el trabajo que había realizado durante el cursado de la cátedra. Tengo puntos a favor en este sentido, ya que fueron incontables las veces que me quedaba hablando en el patio con la profesora titular que disfrutaba llegar al menos una hora antes de su horario habitual. ¿El resultado? Preparar el mate y fumarnos unos cigarrillos hasta que se hiciera la hora de cursar.

Habría transcurrido la primera media hora de cursado cuando de golpe la clase se vio interrumpida por el sonido de la puerta del aula al abrirse. En ese momento, mi escasa concentración en la materia se vio interrumpida con brusquedad por la presencia de una hermosa criatura que acababa de atravesar el umbral de la puerta.

Era una muchacha alta, aparentaba unos veintitrés años, su cabello era largo y ondulado de un castaño rojizo que por un segundo me hizo pensar que la chica era pelirroja. Sus tiernos ojos verdes y su gran sonrisa tenían la capacidad de derretir el corazón de cualquier hombre en la superficie terrestre, quizás incluso el de algunas mujeres.

Las primeras palabras que salieron de su boca fueron un pequeño saludo al estudiantado que llenaba el salón de clases y mientras lo hacía se dirigió directamente al frente del aula donde se encontraba el profesor titular de la cátedra.

Su nombre era Mariela. Era la nueva profesora adjunta de la materia. Recién recibida en la Universidad de Rosario, la nueva licenciada en Sociología acababa de mudarse a esta ciudad a causa de las ofertas laborales que había encontrado en esta universidad. Así como se presentó, tomó asiento junto al profesor titular y dejó proseguir el temario. Quedé cautivado ante su presencia cuando me mostró su perfil derecho mientras intentaba observar lo que escribía el profesor en el pizarrón. Aproveché cada instante en que realizaba el mismo movimiento para observar, con algo de lujuria, su largo cuello que se encontraba apenas cubierto por su cabello, aunque lo que más me cautivó fueron sus grandes ojos verdes.

Recuerdo que vestía una delgada camperita de lana, debajo traía una remera blanca con un leve escote que dejaba mucho a la imaginación de sus espectadores. Traía puestos unos jeans azules y calzaba unas botas de color marrón que le quedaban muy bien.

De repente, nuestras miradas se cruzaron... «Pura casualidad».

Dirigí mi atención hacia mi banco mientras terminaba un improvisado boceto de Mafalda que me estaba quedando muy bien. La osadía que tuve de dibujarla a mano alzada con birrome me hacía quedar muy bien con los compañeros que me rodeaban que intercalaban su atención entre mi hoja y lo que escribía el profesor en el pizarrón. Parecía un partido de tenis.

Volví a alzar la vista al frente para volver a toparme con esos ojos verdes que seguían posados en mí como si esperaran alguna clase de respuesta de mi parte. No había ninguna cabeza que pudiera esconderme de esa mirada. Estábamos frente a frente entre lo que parecían ser las paredes angostas de un pasillo que ambos debíamos atravesar, pero que del cual sería inevitable chocarnos cuando llegásemos a un punto medio en la distancia que nos separaba.

En el pasar de segundo a segundo, su expresión cada vez se ponía más ansiosa buscando alguna clase de respuesta a lo que a mi entender parecía ser un encuentro fortuito de relevancia nula para nuestras vidas.

Por un momento llegué a pensar que no dejaba de mirarme porque quizás se sentía insultada al ver que le diera más importancia a una caricatura en lugar de cultivarme con una teoría que tanta pasión había despertado en ella.

—¿Me prestás los textos que había que leer para esta clase? —me preguntó el compañero de mi derecha, irrumpiendo el momento incómodo.

—Sí, ya te los busco. —Agradecido por traerme de vuelta a una zona segura, busqué en mi mochila los textos que demandaba mi salvador.

Por desgracia, el momento de distracción fue tan fugaz que deseé que mi compañero me hubiera pedido que lo acompañara al kiosco o a la fotocopidora para salir corriendo a toda velocidad del lugar.

Volví a observar de reojo a Mariela que aún seguía buscando no sé qué en mi dirección.

«¿Pero qué...?».

O falló el aumento de mis anteojos, o ya habían comenzado las alucinaciones o sueños lúcidos, o lo que sea que pudiera llegar a pasarme que le diera un poco de sentido y lógica a lo que mis ojos estaban viendo.

Mariela me estaba sonriendo.

Las dudas cada vez se volvieron más grandes, y a medida que recorrían mi mente, me encontraba más y más desorientado que la primera vez que aparecieron.

¿Por qué me estaba sonriendo? ¿Por qué no podía sacarme los ojos de encima?

Pareciera como si estuviera esperando de mi parte alguna clase de contestación. Que de mí saliera una especie de mirada de complicidad que le diera el OK de que estábamos compartiendo alguna clase de secreto y que solo era nuestro y de nadie más.

Me levanté con el termo de agua caliente en la mano, simulando que necesitaba ir a recargarlo, y mientras recorrí el interminable camino hacia la puerta pudo dibujarse en mí cara una tímida sonrisa mientras la miré casi de reojo y agaché la cabeza para terminar por contemplar el suelo el resto del trayecto de escape.

Ya tranquilo, sentado en un banco del patio, saqué mi celular del bolsillo para ver si me había llegado algún mensaje mientras lo tenía en silencio.

Ese día Natalia no había venido a cursar. Seguro se habrá quedado durmiendo la siesta en la casa y yo no podía desperdiciar el momento para hacer una maldad y despertarla de un timbrazo. No iba a ser el único que estuviera soportando algo tan aburrido a las dos de la tarde.

Busqué el número de Natalia en los contactos de mi teléfono y cuando lo encontré apreté el botón verde.

—Hoy te noté algo frío conmigo —dijo una voz a mis espaldas.

Me di la vuelta para poder ver de frente a quien había emitido esas palabras.

He ahí que otra vez esos ojos verdes se encontraban fijos en mí. Y su boca dibujaba una adorable sonrisa capaz de ablandar hasta la piedra más rígida.

Mariela se encontraba frente a mí... y seguía esperando una respuesta de mi parte.

Por fin me levantaron el tubo del otro lado de la línea telefónica, pero yo estaba tan aturdido que no noté a Natalia respondiendo a mi llamada.

«¿De qué me perdí?».

MARIELA II

«—Hoy te noté algo frío conmigo».

Quedé rígido, como si a mis espaldas alguien me apuntara con un arma y no pudiera hacer otra cosa más que quedar congelado.

El tono tan familiar que utilizó esta chica conmigo fue desconcertante.

«Se supone que es la primera vez que hablamos. ¿Por qué me habla de esa forma?».

No me malentiendan, no es que me molestara o me sintiera incómodo ante tal muestra de confianza, es solo que nada de eso tenía sentido. Me encontraba de pie en el patio de la facultad, hablando con una completa desconocida que ese mismo día había visto por primera vez y, sin embargo, esta señorita venía rompiendo todos los esquemas de cualquier conducta socialmente aceptada reclamándome porque no le devolví una sonrisa en la clase.

—Me acuerdo de que la otra noche me dijiste que íbamos a cruzarnos en mi nuevo trabajo, pero nunca pensé que estudiaras acá. —Mariela seguía esperando alguna clase de reacción de mi parte.

—La otra noche... —murmuré.

—Cuando pasaste por casa. Y después te fuiste sin tu teléfono —explicó ella.

OK. Recapitemos.

Según esta chica, nosotros nos conocíamos. También mencionó que de alguna forma estuve en su casa. A menos que haya perfeccionado la proyección astral, no encuentro otra manera para estar en un lugar donde nunca estuve.

¿Cómo llegue a estar de cuerpo presente frente a Mariela? Antes de hoy, claro.

Será posible. ¿Mariela era la misteriosa amiga de la que me habló Caín en la primera nota que me dejó? Si eso era cierto, esta chica no estaba hablando conmigo, ella creía que estaba hablando con Caín. Es eso, o me perdí de camino al Nirvana y terminé por accidente dentro de su living.

¿Qué podía hacer? Era más que claro que no estaba al tanto de nuestra situación, y si Caín no le había dicho nada acerca de nuestro pequeño asunto, sus razones habrá tenido.

—Tenés razón. Qué boludo que soy. —«Rápido, inventá algo»—. Pasa que quise darte una sorpresa y después como que me acobardé y terminé por inhibirme. —«¿En serio esa es tu excusa?».

Ella se me quedó mirando con cara de «no entiendo nada». Después volvió a sonreír, o más bien a reírse a carcajadas del payaso que tenía delante de ella.

—Qué rarito que sos —me dijo—. Por un momento creí que me estabas evitando, o peor, que eras otra persona.

«Cierto y muy cierto». No sé cómo iba a terminar este asunto, pero por el momento, para salir del apuro, no me quedaba otra que seguirle la corriente y fingir ser Caín.

—Viste cómo soy. —De mí salió una risa nerviosa.

Mariela volvió a poner su mejor cara de incertidumbre y yo en mi interior sabía que no iba a poder seguir aparentando por mucho tiempo. Se veía que era una chica muy inteligente y no le iba a costar notar lo distintos que somos con Caín.

De repente bajó la vista y noté que estaba observando el banco donde me encontraba. Sus ojos se posaron en el termo de agua caliente que dejé reposando junto a mí cuando decidí abandonarlo para llamar por teléfono a Natalia.

—¿Tomamos mate? —preguntó.

Yo bajé la vista al termo también y después dirigí mi mirada a esa hermosa sonrisa que una vez más se estaba dibujando en su rostro. ¿Cómo decirle que no si me lo pedía de esa forma?

—Dale —le dije.

Me levanté para buscar agua cuando de golpe sentí que algo me jalaba de la muñeca y me atraía hacia ella.

Entonces fue cuando Mariela me besó... por primera vez.

Me quedé paralizado. Primero, sorprendido; después, rendido ante tal demostración de ternura.

Todo esto me superaba. Después nuestros labios se separaron y por un fugaz instante, que a la vez se tornó eterno, Mariela me mostró su mejor sonrisa, de esas en extremo empalagosas, irresistibles. Una sonrisa inconfundible, de esas que una mujer solo le ofrece a una persona especial... La sonrisa de una chica enamorada. Que en momentos como este no puede evitar reprimir.

—Primero entremos y terminemos la clase. —Y me arrastró hacia dentro del aula.

Supe en ese momento que esta chica era más que una amiga para Caín.

Al ingresar al aula, lo primero con lo que me encontré fue con una mirada de desconcierto de parte de mis compañeros de cursado. Al parecer, es poco común que un estudiante universitario sea arrastrado de la mano al interior de una clase, sobre todo si quien realiza tal acción es una profesora del equipo de cátedra.

Intenté sentarme con tanto disimulo como pude en mi asiento mientras dejaba el termo de agua caliente...

«¿Dónde está el termo?».

Cabeceé de golpe para dirigir mi visión hacia el asiento de Mariela y la encontré sosteniéndome el termo con su mano derecha mientras lo mantenía reposando en su muslo.

Se percató de que me había quedado como un animal encandilado observando aquel objeto de mi pertenencia y todo lo que hizo fue sonreírme entrecerrando los ojos y mostrándome su blanca dentadura.

«¿Me estás cargando?».

Ahora sí me tenía en sus manos. Sabía que con esa carta en su poder, yo no iba a poder irme de ahí.

Aunque esperara a que terminara la clase, tarde o temprano iba a tener que hablar con ella de nuevo. Tenía un rehén y las negociaciones, aparentemente, iban a dilatarse un poco.

—¿Qué te pasa con la profe nueva? —interrumpió la conversación visual una voz a mis espaldas.

Era Leandro. Ni siquiera noté cuándo pudo haber entrado, por lo general nos sentamos juntos cuando cursamos la misma materia.

—¿Qué me pasa a mí? —contesté algo irritado—. «Qué le pasa a ella» debería ser más bien tu pregunta.

—Te preguntaría qué pensás hacer cuando salgamos, pero veo que han secuestrado tu preciado termo.

—Sí. Al parecer, es amiga de Caín.

—Querrás decir la novia. —El comentario de Leandro me hizo sobresaltar a tal punto que creo que hasta el profesor se dio cuenta del temblor que generaron mis nervios.

—Bueno... Eso no sabría decirte... La verdad... Eh... La verdad...

—Vi el beso.

—Ja, ja, ja. Mirá... Yo no...

Me levanté de un respingó y salí corriendo del aula.

Lo siguiente que recuerdo fue haberme quedado sentado en el patio esperando a que salieran todos. Leandro fue uno de los últimos en salir al patio al momento de terminar la clase. Ni siquiera se acercó a mí, solo me hizo una mueca y me guiñó el ojo al irse directo para la salida del edificio.

Mariela salió con el jefe de cátedra y se quedó un momento intercambiando lo que

parecían ser algunos comentarios cómicos, porque se reían bastante. Después el profesor se volteó hacia mí y levantó su mano para saludarme.

«Lo que me faltaba».

Ahora estoy bajo el radar del jefe de la cátedra. De nada me sirvió pasar desapercibido todo este tiempo.

Cabeceé devolviéndole el saludo al hombre y este se alejó hacia la sala de profesores.

Mariela me hizo un gesto con la cabeza, como pidiéndome que la siguiera, y se dirigió a sentarse en el rincón más escondido del patio de la facultad. Cuando se alejaba del aula pude divisar dentro de su morral mi preciado termo sobresaliendo por un extremo.

Era inevitable. Parecía que esta iba a ser una tarde bastante larga.

«Gracias a Dios hoy no vino Natalia».

NATALIA II (Desconcierto)

No les voy a decir que fue fácil sobrevivir a ese primer encuentro con Mariela. El mismo verbo lo dice todo: sobrevivir.

Cada vez que hacía un gesto, cada vez que cambiaba de postura estando sentado, cada vez que tenía que decir o emitir algún sonido durante nuestra larga conversación, no podía evitar pensar una y mil veces qué era lo que tenía que decir y cómo tenía que hacerlo.

A medida que pasaba el tiempo, mi mente se llenaba de dudas.

«¿Si digo esto...?».

«No mejor digo otra cosa».

«¿El tono de mi voz está bien?».

«¿Se habrá dado cuenta?».

Juro que los primeros segundos, cuando me siguió al patio, fueron tan sencillos. Pero a medida que pasaba el tiempo, esos segundos se hacían eternos.

Quise incontables veces salir corriendo de ese lugar, pero ella era tan dulce, tan adorable con este desconocido, que el solo hecho de pensar en irme, o peor, de ser descubierto, había generado una fisura en mi pecho. Estaba por completo expuesto. Ya no me quedaban defensas que evitaran que esta chica encontrara la fisura para atravesarla.

La dejé entrar, o se metió a la fuerza... Eso ya no importaba. Había una fuerza sobrenatural que me obligaba a permanecer a su lado y evitar todo intento de escape. Sin importar cuán nervioso, cuán asustado, cuán incomodo me sintiera, debía seguir ahí.

Hubo un antes y un después cuando pasó aquella tarde. Una bisagra entre pasar de siquiera conocer a Mariela a convertirse esta chica en una de las razones por la que quería seguir asistiendo a esa cátedra, o más bien, seguir yendo a la facultad todos los días de la semana para encontrarme con ella.

Ella era tan distinta a Natalia.

Quería verla todos los días, de eso estaba seguro. Y mientras creyera que soy Caín, poco iba a costarme pasar tiempo a su lado. Sé que suena egoísta, pero los sentimientos tienden a serlo.

Al salir de la facultad, me encontré con alguien inesperado en la entrada. Como mi vista se encontraba aún desorientada debido al momento, en parte estresante, en parte maravilloso, casi me llevé por delante una pequeña silueta que se encontraba en mi camino.

Natalia me estaba esperando de pie en la puerta. ¿Cómo se materializaba en un momento así? No estoy seguro, pero en parte creo que llegué a sentirme culpable. Sentí como si la estuviera engañando, ¿se imaginan?

Cuando conseguí divisarla, me le acerqué. Su vista se encontraba perdida en el horizonte. También lucía algo seria, como si estuviera enojada o hubiera recibido alguna especie de mala noticia.

«Quizás tuvo una pelea con su novio».

—Pensé que no habías venido hoy. —Sonreí con disimulo, me vi tan sobreactuado.

Ella ni siquiera me miró. Siguió con la mirada fija en la nada misma.

Al cabo de un prolongado silencio, por fin conjugó algunas palabras.

—Estaba durmiendo la siesta hasta que sonó el teléfono.

—Sí, te llamé porque quería saber si estabas en camino o si tenía que ponerte el presente en la planilla de asistencia. —Era mentira, pero podía ser cierto.

Seguía sin mirarme. Apenas la reconocía debido a ese nuevo comportamiento, bueno,

no sé si será nuevo, pero para mí lo era.

—No sabés el aburrimiento que nos pegamos hoy. —Intenté ser cómico para ver si podía ablandar un poco esa expresión fría en su rostro—. El profe se pasó toda la clase...

—¿Quién es Mariela? —me interrumpió.

Por primera vez en el día me miró de frente y lo hizo para hacer una pregunta que no estaba preparado para contestar.

«Pensá en algo... Alguna solución diplomática...».

—¿Mariela? Es-s la profesora a-adjunta de la cátedra de hoy. ¿De dónde conoces su nombre?

«¿Por qué tartamudeás? Le estás diciendo la verdad».

—¿Con todas las profesoras adjuntas te sentás a conversar en el patio de la facultad tomado de la mano como si fueran novios?

«¿Me vio?».

Imposible, no la vi en toda la tarde. Además, en el rincón donde me senté con Mariela es imposible ser visto sin antes ver quién viene.

—¿Y a vos qué te importa? —le repliqué en un impulso—. Somos amigos, no tengo que rendirte cuentas —continué.

No sé qué me estaba pasando. Mi cuerpo actuó solo. En unos segundos le mostré mi peor cara a Natalia. Ella me clavó la vista de golpe y fulminó mis ojos con una mirada asesina llena de dolor y rabia. Algo que jamás había visto en el tiempo que llevaba de conocerla.

No sabía qué estaba ocurriendo, pero pasamos de un momento para otro de ser los mejores amigos a ser dos personas que compartían tan solo palabras para lastimarse entre sí.

Noté que Natalia estaba a punto de decir algo, pero yo aún seguía en mi «modo reproche».

—Pedile a tu novio que te rinda cuentas y dejá de histriear tanto conmigo. —Noté en ese momento que me había propasado cuando esos ojos afectados por la rabia y el dolor comenzaron a humedecerse. Su expresión me detuvo al instante.

—¡Andate a la mierda, Nico! —me gritó a todo pulmón, mientras pude observar casi en cámara lenta cómo una de sus mejores bofetadas colisionaba contra mi cara.

«Muy sutil, Nico, muy sutil».

Después me dio la espalda y se marchó a toda prisa. Y me quedé unos minutos de pie mirando en la dirección en la que se había ido, intentando determinar por qué se había comportado de esa manera, o más bien, por qué me había desquitado de esa forma con ella. Fue como si hubiera descargado en unos segundos varias semanas de frustración que pedía a gritos salir.

Lo primero que hice la mañana siguiente fue revisar el cuaderno donde Caín dejaba sus notas. Ya parecía un jefe supervisando a su mejor empleado.

Yo estaba bastante nervioso porque sabía que si esa noche se había encontrado con Mariela, en algún momento habría surgido el tema de lo que pasó a la tarde conmigo. Además, aún estaba muy latente mi discusión con Natalia. Sin embargo, no se la mencioné. No podía hacerlo sin mencionar a Mariela.

Cuando leí la nota me sorprendió lo natural que se comportaba. Por alguna razón nada fuera de lo usual quedó plasmado en los pocos renglones que había dejado para mí.

Volvió a agradecerme por las vendas limpias que dejé a su disposición para que evitara lastimarse las manos. Si bien su control y técnica eran superiores a mi pobre nivel cuasi intermedio, era mejor no tentar a la suerte. También me pidió disculpas por volver con lo que parecía la tajada de un cuchillo en mi remera a la altura del abdomen. Lo primero que tendí hacer fue revisar mi estómago cuidando que mis vísceras no se encontraran afuera, pero, por suerte, ni siquiera tenía un raspón.

«Dios, gracias por mantenerme vivo». Siempre es importante agradecer.

Otra cosa que dejé junto a las vendas fue una máscara pasamontañas, de esas que usan los terroristas en el Counter-Strike, pero me dejó una posdata diciendo que la idea era horrible y que si quería recuperar la máscara tendría que buscarla en el fondo del río.

Todavía no puedo conseguir un chaleco kevlar. Parece que necesito alguna clase de permiso para portar uno. Pero dejando el permiso de lado, tampoco dispongo aún del presupuesto para comprarlo.

Me preocupaba mucho que Caín saliera todas las noches sin ninguna clase de protección. Sé que es muy habilidoso, pero no quita que un día de esos no despertara con una apuñalada en el vientre, o peor, con algún balazo... o no despertara.

Una vez vi un policía en la calle, de esos que pertenecen al comando radioeléctrico, pasó delante de mí en una moto, quedé magnificado por el uniforme que tenía. No es que quisiera ser policía, simplemente tenía mucho equipo que a Caín le sería de mucha utilidad. Y no solo hablo de chaleco kevlar, sino también de protectores para los hombros, antebrazos, codos, rodilleras, etc.

«Es como una especie de armadura».

Para alguien como Caín que disfrutaba el combate cuerpo a cuerpo, esta podría ser una solución muy factible.

MARIELA III (Confesión inesperada)

Pasaron dos semanas desde nuestra discusión y aún no tenía señales de vida de Natalia.

«Dios, cómo pude ser tan estúpido».

Sinceramente, me dolía. Se sumaron tantas emociones en el transcurso de tan poco tiempo que mi cuerpo, en vez de asimilarlas, parecía que se estaba rompiendo de dentro hacia fuera; desde descubrir que me sentía atraído por Mariela, pero a la vez sentía demasiada culpa por mentirle. Después estaban mis sentimientos enterrados hacía siglos por Natalia, esos eran los más claros, y el dolor que siento ahora por haberla lastimado y saber que en nuestra última discusión la había arrojado a cientos de kilómetros a donde quizás no puedo alcanzarla. También quedé un poco perturbado después de la última salida nocturna de Caín, tuve que deshacerme de las vendas nuevas que le había comprado porque las encontré tiradas en el piso manchadas de sangre. Nunca se propasó tanto en su accionar como en los últimos días, y lo más perturbador era que en sus notas no había dicho nada al respecto. Tal vez era momento de comenzar a tomar los medicamentos que me recetaron en la clínica, esto se estaba saliendo de control.

En estas últimas semanas mi mundo había dado un vuelco de ciento ochenta grados, y otro y otro, hasta que mi realidad se volvió por completo dissociada. Nuestro grupo estaba fragmentado, si bien era cierto que con Leandro seguíamos teniendo nuestras sesiones de entrenamiento, mientras pasábamos el tiempo en la facultad él se alejaba con un gesto de «los dejo solos» cada vez que veía a Mariela acercarse a nosotros.

Natalia, por otra parte, no apareció en casi diez días. La llamé por teléfono tantas veces que perdí la cuenta, pero ni siquiera respondía mis llamadas cuando lo hacía desde un teléfono público para evitar que mi nombre apareciera en la pantalla de su celular.

—¿En algún momento me vas a decir por qué has estado decaído estos últimos días?

—exclamó Mariela después de un tiempo prolongado, dándome espacio sin preguntarme nada en absoluto. Mi estado de ausencia en nuestras conversaciones ya había hecho caducar su paciencia y ahora esperaba respuestas claras.

—¿Te parezco decaído? Debe ser que tengo baja el azúcar. —Intenté ser gracioso, pero mi sonrisa era más falsa que un billete de tres pesos.

«No te la creés ni vos, estúpido».

—No necesitás contarme todo lo que te pasa, pero ¿cómo te sentirías conmigo si yo te marcara esta distancia que me has delineado con tanta precisión? ¿No te sentirías mal? —Mariela se puso de pie frente a mí y envolvió sus manos en mi pelo, acercando mi mejilla a su pecho. Me abrazó con fuerza y ternura, mientras yo sentía como si mis ojos comenzaran a humedecerse—. Te estás comportando igual que cuando te aparecés por casa de noche. —Ahí va, una no tan inesperada comparación con Caín.

¿Así que de esta manera se comporta cuando esta con ella? Me extraña que Mariela no se haya dado cuenta de lo diferentes que somos. Como el día y la noche.

—No es que intente esconderte cómo me siento, pasa que al no haber tenido nunca nadie para hacer este tipo de cosas, ahora me resulta poco natural el hacerlo. —¿Qué otra cosa podría decirle?

El gesto tan afectuoso de esta chica que apenas conocía en persona hacía semanas hizo que mi corazón doliera de una forma inimaginable. Me encontré desorientado, sin saber si lo que estaba sintiendo se debía a mi reciente pelea con Natalia, o si se debía a un fuerte sentimiento de culpa por seguir mintiendo de manera tan vil a Mariela, o quizás me estaba enamorando de ella.

«Imposible. Estoy confundido y terminé aprovechándome de su cariño hacia Caín, que

tomé prestado para no sentirme solo y miserable».

Envolví su cintura con mis brazos mientras ella me seguía sujetando contra su pecho y la apreté con fuerza contra mí, ocultando las lágrimas que comenzaron a brotar de mis ojos. Se sentía tan tibio, confortante, me encontraba herido y el contacto de su aroma y piel eran paliativos que estaban aliviando de a poco el dolor que me tenía abrumado. Cuanto más la presionaba contra mí, más aliviado me sentía.

—Perdoname. —Pude articular solo una palabra en un susurro antes de que mi garganta se cerrara por completo.

El dolor en mi pecho era insoportable, por un momento sentí la necesidad de sacarme yo mismo el corazón del pecho para que dejara de doler de una vez por todas. Así fue como la culpa, los celos, el remordimiento, la vergüenza y quién sabe qué otras emociones más que se estaban acumulando dentro de mí sin poder salir, habían encontrado el momento menos oportuno para escaparse, pero si de algo estuve seguro entonces fue de que nada llega a doler más que el amor.

Si mi desequilibrio emocional estaba haciendo estragos conmigo, no quería imaginar lo que le estaba haciendo a Caín. Solo esperaba que no estuviese afectando *sumodus operandi*. Su conducta es muy volátil y directamente proporcional a mis emociones, como si su personalidad misma sirviera para mí cual si fuese una válvula de escape.

Mariela seguía apretándome contra su pecho, como si fuera una cómplice que me estaba ayudando a ocultar mis lágrimas.

—Cuanto más lo reprimas, más va seguir aumentando el dolor. —De algún modo sus palabras me calmaron un poco. Después levantó mi mentón con su dedo índice y se quedó un momento observando mis ojos hinchados y aún empapados para después terminar por apoyar su frente contra la mía. Sus penetrantes ojos verdes me dejaron hipnotizado, pero a la vez me intimidaban un poco, me costaba mantener fija la vista en sus ojos.

—Mariela, yo... —Mis palabras fueron silenciadas por un beso.

—¡Te amo, Nicolás! —Quedé impactado ante esas tres palabras.

Sentí un fuerte impulso por contarle todo, era ahora o nunca, si seguía esperando la iba a lastimar aún más o antes me iba a enloquecer siendo tironeado entre el afecto que había comenzado a sentir por ella y la culpa por estar mintiéndole todo este tiempo.

Estaba a punto de hablar cuando Mariela colocó su mano en mi boca obligándome a permanecer callado, como si estuviera intentando sedarme con un pañuelo empapado en cloroformo. Lo que dijo después de tal confesión nunca me lo vi venir.

—Los amo a ambos por igual. —Mis ojos se abrieron tan grande de la sorpresa que parecía que estaban a punto de caer de mi cara.

Entonces me di cuenta. Todo este tiempo lo supo y, sin embargo, había decidido guardar silencio. Mientras yo pensaba que Caín y yo éramos dos personas diferentes, y que incluso llegué a sentirme culpable por engañar a su novia y por pretender salir con ella a sus espaldas, Mariela, en cambio, estuvo viéndonos como la misma persona, pero no porque se creyera mi pésima actuación interpretando a Caín, sino porque ella había aceptado a las dos caras de una misma moneda, algo en lo que en su momento estuve de acuerdo y ahora me arrepiento de haberlo pensado.

CAÍN (Ser o no ser)

«Ser o no ser. He aquí el problema».

Hamlet siempre fue la obra favorita de Nicolás. Su obsesión por cambiar, torcer, o mejorar la realidad estuvo siempre presente en su mente al momento de conocer esas palabras. Sin embargo, mi frase favorita de la obra de Shakespeare fue la que exclamó el príncipe Hamlet luego de conocer la tarea que le había encomendado su difunto padre, cuando le pidió a su joven hijo que vengara su muerte.

«Los tiempos están desquiciados. Maldita suerte haber tenido que nacer yo para cambiarlos».

Creo que esa es la principal razón por la que me encuentro aquí. Todo el mundo se queja todo el tiempo por la realidad que le ha tocado vivir, pero también es cierto que nunca nadie ha tenido los huevos, los cojones, las agallas (o como le quieran decir) suficientes para meter las manos en el barro, para mancharse de pies a cabeza, si fuera necesario, con el fin de transformar esta realidad que tanto odiamos en algo distinto. Pareciera ser más fácil conformarse en lugar de plantarle el pecho a las balas luchando por la realidad que queremos y creemos merecer. ¿Por qué tendemos a ser tan pasivos esperando que todo nos caiga del cielo? Y si llegamos a tener suerte, tal vez vivamos una buena vida.

«Pura basura. Nada más que la filosofía de un mediocre».

A veces no basta con solo tener buenas intenciones, a veces el fuego se debe combatir con fuego, y para mejorar una realidad corrompida al extremo uno no debe tener miedo de corromperse en el intento. A veces no hace falta un héroe que salve el día, al contrario, en ocasiones es necesario ser todo lo opuesto.

Así como el Sr. Hyde se volvió la fiel expresión de aquellos deseos que el Dr. Jekyll guardaba en lo más profundo de su inconsciente, creo que me he convertido en el Sr. Hyde de Nicolás.

Yo soy Caín, soy un demonio y no me causa vergüenza admitirlo. No se hagan ilusiones, no soy ninguna clase de ente paranormal, al contrario, solo soy el patético producto de las frustraciones de un adolescente confundido, de alguien que no aceptó por completo su ser dividiendo, en su negación, su alma.

Nicolás comenzó a interactuar conmigo después de ser testigo de lo que era capaz. Nada me costó deshacerme de esos dos policías, mucho menos de aquel hombre perturbado que vivía enfrente. Desde entonces este chico abnegado ha dependido de mi persona.

Se preguntarán por qué he cedido a sus caprichos.

No es que me considere alguna clase de héroe que siempre se encuentra dispuesto a salvar el día. Mi respuesta no será tan banal, al contrario. Por necesidad es que sigo al pie de la letra sus mandatos. Y es que, si no lo hiciera, mi existencia no tendría sentido, sería automáticamente reemplazado por alguien más, o mucho peor, silenciado por los medicamentos que con tanto sigilo Nicolás evita consumir. Mi existencia es tan frágil, al punto de desvanecerse con un simple psicofármaco.

En mi tiempo al mando he podido dedicarle algún tiempo a mis necesidades. Como sabrán, conocí a una chica que se dedica a la docencia llamada Mariela. He compartido mucho tiempo con ella y su compañía me ha ayudado a darme cuenta de que se puede vivir por algo más que la existencia misma. En palabras de un poeta de la vida coincido con él cuando en pocas palabras exclamó «la felicidad es algo que se comparte». Y es que en mi soledad solo le he podido encontrar algún sentido a mi existencia desde que pude compartir un poco de mi pesar con Mariela. Ella, por lejos, es la mujer ideal por la que cualquier hombre mataría por tener a su lado (y sabrá

Nicolás que somos capaces de hacerlo).

Somos animales sociales y Nicolás lo entendió por las malas, puesto que yo no fui el primero de los dos que conoció a Mariela. Él ya tenía una relación con ella antes de que existiera alguna posibilidad de que yo naciera.

Se preguntarán «¿Cómo es posible? ¿No era Mariela la novia de Caín?». Ja, ja, ja, ja... Eso quisiera.

Mariela desde siempre fue el primer amor de Nicolás, por no decir el amor de su vida. ¿Cómo lo sé? Porque yo existo gracias a ella, y me duele muchísimo admitirlo. La razón por la que existo, la razón por la que la conozco y la razón por la que ella ha traído tanta dicha a mi vida es la misma.

«Irónico».

Nicolás recuerda un incidente distorsionado en el que en una simple escapada nocturna en busca de cigarrillos se topó con un grupo de malvivientes que intentaban abusar de una jovencita.

Lo que no recuerda es que tal joven no era una desconocida que fue salvada por alguna especie de vigilante anónimo que cruzaba por la zona. También estaba equivocado cuando pensó que tal individuo era yo.

Para no explayarme demasiado en el asunto diré que esa particular noche, Nicolás, en su intento por satisfacer su adicción por la nicotina, se encontró con un grupo de jóvenes. La mayoría eran adultos, más o menos de su misma edad, de esos típicos muchachos que antes de entrar en el boliche hacen una buena previa tomándose todo el alcohol que tienen a mano.

Nicolás en esos días se encontraba distanciado de su novia Mariela. Al parecer habían discutido por alguna de esas banalidades por la que discuten los jóvenes, opacando todos los buenos momentos que han compartido ante la presencia de uno malo.

Nicolás no sabía que su novia se encontraba cerca de su casa. Tampoco sabía que ella se había escapado de su hogar reuniendo las fuerzas necesarias para intentar llegar a una tregua pacífica que permitiera continuar con la relación. Ambos eran demasiado orgullosos para admitir que se habían equivocado, mucho menos iban a pedir perdón por tal pequeñez.

Cuando Mariela se encontraba próxima a la casa de su novio, fue interceptada por un grupo de jóvenes alcoholizados que buscaban ligar con alguna chica, y no iban a esperar a que abriese el boliche para hacerlo.

Fue así que el joven, de apenas dieciocho años, más niño que adulto, fue testigo del momento más desgarrador de su vida, ya que frente a sus ojos contempló cómo un grupo de muchachos, cegados por la bebida, abusaba de la mujer a la que él había jurado amor eterno.

Nicolás primero quedó paralizado ante tal situación. Su corazón no pudo soportar tal arrebató. Lo siguiente que ocurrió fue por competo borrado de su memoria. Él piensa que yo fui el responsable de impartir justicia en tal situación, cuando, al contrario, fue él quien, engeguccido por el dolor, estalló en una cólera incontrolable.

No le bastó con golpear a aquellos hombres que habían profanado el cuerpo del amor de su vida, por el contrario, en el frenesí de su ira sintió por primera vez el gozo de torturar a una persona, o en este caso a siete. Fue tal el arrebató que los atacantes terminaron por convertirse en víctimas de este monstruo que acababa de nacer ante sus ojos.

Seguro habrán pensado los culpables «capaz podemos divertirnos un rato antes de que la verdadera diversión comience». Quién iba a pensar que sus acciones despertarían a una bestia de tales magnitudes.

Nicolás no recuerda nada del incidente, al contrario, me lo adjudica a mí. Su conciencia se desconectó de la realidad en esos pocos minutos que duró aquel hecho, en su lugar, con todo lo que se podía tener alguna clase de comunicación era con su instinto, pero

este no razona, mucho menos siente compasión alguna. Tal parece que el dolor era demasiado abrumador como para recordarlo, así como borró de su memoria la existencia de Mariela sin ser consciente de ello. En sus recuerdos, Mariela solo era una muchacha que apareció frente a sus ojos rodeada por un grupo de jóvenes, nada más, y ella, por su parte, durante el pico de cólera de su novio, no pudo hacer más que contemplar el monstruo en el que se había convertido. Quizás se sentía culpable por haber tenido una discusión tan banal, y por lo tanto, haber provocado que se desencadenaran tales sucesos, quizás solo sintió demasiado miedo del ser que tenía frente a ella, pero si de algo estoy seguro es de que la joven, al ver a su novio convertido en un monstruo que tomó prestado el rostro de un ser amado, no pudo hacer más que darle las gracias mientras se alejaba de él antes de romper en llanto.

Después ella se topó conmigo, la sombra de lo que fue un sentimiento que casi destruye la conciencia de Nicolás, y en mi intento por proteger a mi creador, le hice creer a esa adorable persona que yo era el responsable de aquella situación que terminó por convertirse en una masacre. Algo que Nicolás nunca podrá volver a recordar, porque yo me adueñé de tales recuerdos, consiguiendo así que él no cambiara. Sin embargo, la falta de recuerdos no hizo desaparecer de su corazón la fuerte necesidad por ayudar a otros y su obsesión llegaría a ser tan grande que de manera incansable buscaría los medios para proteger a sus seres queridos. Los recuerdos se fueron, pero la memoria emotiva siguió intacta.

«Él no sabe cuándo se interesó por practicar artes marciales... Yo sí».

CAÍN II

Leandro tuvo contacto conmigo por primera vez en la noche de Año Nuevo. Al parecer tiene la costumbre de pasar por casa de Nicolás cada año para saludar a su familia para cada veinticuatro y treinta y uno de diciembre, siempre, por supuesto, después de medianoche. Esa particular noche de nuestro encuentro, el amigo de Nicolás se demoró un poco más de la cuenta en pasar a saludar, ya que, en este atípico año, su casa fue invadida por un grupo de familiares lejanos que no veían desde hacía alrededor de cinco años.

En una primera impresión, Leandro puede parecer un tipo muy descuidado con su apariencia, e incluso con cada aspecto de su vida. Es de esas personas a las que si les pedís que sean puntuales y lleguen a un lugar a las cinco en punto, con suerte y con mucho entusiasmo terminan por aparecerse media hora más tarde. Sin embargo, debo resaltar que es un amigo muy leal, como muy pocos, y hay una sola cosa que sabe hacer muy bien, y de seguro debe dedicarle el cien por ciento de su concentración, ya que debo destacar que es un excelente peleador.

«Si no fuera por él, los dos policías que atacué seguro ya estarían muertos».

Su estatura es muy similar a la mía, tal vez debe ser un par de centímetros más alto. Su pelo es corto y algo rizado, negro, y su contextura física es muy atlética, su musculatura está muy bien desarrollada, cual si fuera una armadura hecha de tejido muscular. Debo admitir que pese a tener Nicolás más o menos el mismo tiempo entrenando juntos, la contextura física de Leandro nos hace ver delgados.

Al momento que este amigo de Nicolás terminó de hacer los protocolares brindis de fin de año con su familia, se dirigió hacia la calle para visitar a su muy querido amigo y compañero de facultad. La casa de Leandro se encuentra a unas cuatro cuadras, sumado a esto los saludos festivos y las conversaciones superficiales que habrá tenido con cada conocido que cruzó desde su casa hasta aquí, para cuando llegó a casa de Nicolás, los policías ya habían arribado al lugar, tuvimos nuestra pequeña conversación y me tomé la libertad de acusarlos por sus pecados, así como también juzgarlos y condenarlos.

—Lo irónico de la vida es que las cosas nunca son lo que parecen ser. —Recuerdo que comencé a jugar con el policía más joven, el otro ya se encontraba demasiado corrompido como para arreglarlo—. A veces creemos ver algo de color blanco, y terminamos por enterarnos de que es completamente negro, así como también podemos comprender de la nada y sin previo aviso que aquellos hombres que juraron servir y proteger la vida y el bienestar de las personas mientras hacían contacto su mano derecha con la constitución nacional son en realidad la peor porquería que este mundo haya tenido el agrado de concebir. —El joven se retorció del dolor mientras yo presionaba con el talón de mi pie derecho la rodilla que acababa de romperle. El movimiento de mi pie era lento, mientras trazaba un arco con la punta de mis dedos.

A unos treinta metros, Leandro por fin daba la vuelta a la esquina y alcanzó a divisar lo que estaba sucediendo en el lugar donde me encontraba. Yo alcé la vista cuando escuché que alguien se acercaba corriendo a toda velocidad, lo suficientemente oportuno como para esquivar la patada voladora que Leandro lanzó hacia mi torso en un intento por detener a su amigo, que mientras se encontraba en estado de ebriedad, torturaba a un joven que se preparaba para ser policía. Claro que yo no me encontraba ebrio, pero el relato oficial afirma que sí.

«Mejor borracho que loco».

—Parece que se acabó el recreo —les dije sonriendo a ambos policías mientras uno se arrastraba dentro del patrullero y tomaba el radio.

Hice un paso al frente intentando acercarme a la camioneta cuando mi camino se vio interrumpido por Leandro. Por la expresión de su cara, era seguro que no iba a poder acercarme a los uniformados sin antes pasar por encima de él. Algo que fue un poco tentador, pero, a su vez, sentí algo de resistencia.

Al fin, desistí de mis intentos por continuar golpeando a mis agresores/víctimas y me dirigí hacia uno de los sillones que se encontraba vacío mientras tomaba del suelo una sidra que ya se encontraba abierta.

—No tolero a los abusivos. —Tomé un sorbo del pico de la botella y dirigí mi vista hacia Leandro, que aún se veía muy tenso y en estado de alerta, como esperando alguna especie de acción hostil de mi parte—. Feliz año, amigo... Y gracias por venir a visitarme.

CAÍN III (Modus operandi)

Me llevó un largo tiempo el poder llegar a encontrar mi estilo. Por desgracia, tuve que perder gran parte de mi valioso tiempo probando alguna que otra cosa antes de poder saber para qué era bueno. Quisiera que existieran orientadores vocacionales para este tipo de vida, pero por el amplio espectro de la sociedad, mis actividades son consideradas «incorrectas».

Si bien es cierto que el haber golpeado a un grupo de jóvenes no resultó un gran esfuerzo para mí, también tuve que tener en cuenta que todos ellos eran inmaduros e inexpertos. El espolazo con el cuchillo tampoco llegó a ser un gran desafío, pese a que recibí por un descuido un corte profundo en mi brazo. Sin embargo, debería darme algún crédito por haberme enfrentado solo y desarmado contra dos policías. Lo que me llevó al siguiente punto: si iba a hacer este tipo de actividad, lo que Nicolás llamaría ser «un vigilante», tendría que hacerlo en grande.

A partir de este razonamiento, vino la parte más tediosa de mi trabajo, y es que cuando uno tiene la completa libertad de hacer lo que se le venga en gana con su tiempo, ahí es cuando surge una pregunta que puede servirnos tanto de detonante como de freno: «¿Qué hago?».

Primero que nada, debí probar con aquello que más abundaba en mi ciudad: Arrebatos, asaltos a mano armada, narco-menudeos, kioscos, etc. Así fue como le sugerí a Nicolás que se encargara de recopilarme información que fuera de relevancia para que en la noche yo pudiera elaborar alguna especie de rutina. No se imaginaron lo sencillo que es deshacerse de un arrebataador que se traslada en motocicleta, por lo general circulan de a dos, uno conduce y el otro hace el trabajo sucio. En mi primer intento, me quedé un buen rato de pie en una esquina cercana a un barrio peligroso, con la esperanza de funcionar como si fuera una especie de pararrayos. Según las noticias locales que me recopilaba Nicolás, esa parada de colectivos ya no se utilizaba debido a los constantes asaltos y arrebatos que padecieron un número significativo de usuarios del servicio de transporte público.

Pasó una hora, y conseguí cinco colectivos, incluyendo al último que circularía por ahí esa noche, y mis atacantes aún no aparecían. Por supuesto, hice todo lo posible con mi apariencia para evitar ser ignorado. Desde llevar puestas unas blancas zapatillas de cuero Nike, hasta usar de esos auriculares que se encontraban de moda, gigantes y con colores chillones, mientras sostenía mi teléfono táctil conectado a ellos.

Cuando por fin estaba por darme por vencido, alcancé a escuchar a lo lejos una motoneta muy maltratada acercándose. En ella venían dos jóvenes bastante mal vestidos, a tal punto que uno directamente llevaba el torso desnudo. Seguí observando la pantalla de mi teléfono mientras fingía estar buscando algo en la lista de reproducción, cuando la moto pasó delante de mí, rodeó la esquina y se detuvo en el otro extremo de esta.

Ahora los jóvenes se encontraban junto al cordón de la vereda casi a mis espaldas. Alcé la vista para mostrarles que había notado su presencia, justo al mismo momento que el joven que venía de acompañante se subió a la vereda donde me encontraba.

«Bingo».

Sin ningún disimulo se acercó caminando hacia mí, mientras se acomodaba el arma calibre veintidós milímetros que traía en el pantalón. Al parecer, su estrategia era buscar, primero, la pacífica cooperación de su víctima. «Primer grave error».

—¡Dame el teléfono! —ordenó mi atacante mientras apoyaba su mano donde llevaba el arma.

Fue entonces que me di cuenta de algo. Mi mente se encontraba fría, lo justo como

para pensar en un plan de acción sin ninguna dificultad. Quizá se trataba porque ya había planeado esto de antemano, o quizás en este momento no me encontraba influenciado por las fuertes emociones de Nicolás que en más de una ocasión me trajeron a este plano. Estaba seguro de que mi tranquilidad sería un factor a mi favor.

Extendí la mano izquierda, la cual sostenía el teléfono, en dirección hacia el asaltante. Si tenía razón, esta acción facilitaría muchísimo mi próximo movimiento. El joven clavó su vista en el aparato y comenzó a acercarse gustoso de que su víctima estuviera cooperando. «Segundo grave error».

Cuando observé que este muchacho se acercaba hacia mí enfocado en el juguete que se encontraba en mi mano y sin haber optado por sacar el arma de su pantalón, fue cuando me di cuenta de que mi plan de acción había tenido éxito. Si un portador de un arma elige acercarse a vos en vez de mantener su distancia y prefiere mantener su mejor carta guardada, prescindiendo de ella, ¿a qué conclusión llegarías?

«El arma es completamente *inútil* usada de esta forma».

Al entrar en mi rango de alcance, no me costó nada obsequiarle mi mejor patada circular en la sien mientras extendía su mano hacia mi teléfono. Si bien es cierto que puedo patear con ambas piernas, siempre confié más en la dureza de mi pierna derecha, tanto como cuando necesitaba velocidad y elasticidad confiaba en la izquierda. Esta vez, el protagonista fue mi pie derecho, quien puso en blanco los ojos del individuo con el que colisionó.

Al ver caer a su compañero, el conductor de la motocicleta dio una vuelta en U e intentó darse a la huida por el mismo camino por el que habían llegado. No lo culpo por pensar así, ya que era el camino más corto para regresar a la seguridad de su barrio, donde la policía no podría encontrarlo ni querrían buscarlo. «Tercer grave error».

Justo cuando el motociclista estaba por pasar frente a mí, pateé una vara de madera que había dejado tirada «por accidente» justo frente a mí marcándome mis doce en punto. Por suerte, tuve buena puntería y la vara se hizo camino entre los rayos de la rueda delantera del vehículo, arrojando a su usuario a unos cinco o seis metros de donde estaba. Ni siquiera necesité rematarlo, ya que nunca despegó la cara del asfalto. Y ahí fue que lo comprendí: no iba a llegar a ninguna parte desperdiciando mi tiempo en este tipo de gente. Parásitos como estos, con mucha suerte, llegan a pasar un par de días en la alcaldía, si no es que un juez no los libera la misma noche que fueron recluidos, porque existen de esos, gente que debería dedicar su trabajo para proteger a las personas haciendo que se cumplan las leyes al pie de la letra, en lugar de solo tener que ir al trabajo a cumplir horario.

No cabe duda de que hace falta voluntad política para que mejoren las cosas, y si quería cambiar algo de esta patética realidad que me había tocado vivir, tendría que ir por quienes estaban en lo más alto de la pirámide, esos que piensan que son intocables, quienes creen que se encuentran tocando el cielo con las manos y no tienen la menor idea de cuánto les va a doler caer desde allá arriba.

Una vez más mi cita favorita retumbaba en mi mente: «Los tiempos están desquiciados. Maldita suerte haber tenido que nacer yo para cambiarlos».

CAÍN IV (El principio del fin)

—¿Hasta cuándo pensás seguir con todo esto? —me preguntó Mariela mientras apoyaba sus labios en mi hombro y me clavaba su mejor mirada de interrogatorio. Esa particular noche decidí quedarme tan solo con ella, necesitaba tiempo para pensar, es cierto, pero lo que más me hacía falta era su cálida compañía, ya que Nicolás la estaba capitalizando demasiado—. ¿Me vas a decir algo, o pensás abstraerte como hacés siempre que no querés que me meta en tus cosas?

Se veía tan hermosa. En momentos como ese solía aprovechar la mayor cantidad de tiempo posible para disfrutar cada centímetro de su cuerpo. Era tóxico, dulce, y a la vez, dolía. Dolía porque desde el momento en que la conocí surgió en mi interior el profundo e inevitable miedo a perderla, no porque me sintiera inseguro sintiendo que algún día ella podría dejarme, todo lo contrario; algún día, quien desaparecería sería yo, y con Nicolás a su lado, seguro tampoco iría a extrañarme.

—Voy a seguir, hasta que Nicolás decida parar —contesté al cabo de un minuto que pasé en silencio, eligiendo con cuidado cada una de mis palabras—. O hasta que él decida tomar las riendas del asunto.

—¿Y de seguro vos no tenés ninguna clase de voluntad en esto? —¿Cómo decirle? ¿Cómo hago para que entienda la situación en la que me encuentro sin dañar la imagen que tiene de mi anfitrión?

Estar recostado en su cama a su lado es maravilloso, todo está impregnado con su olor; las almohadas, las sábanas, el cobertor, y cuanto más cerca de mí la tengo, más me olvido del mundo exterior, de Nicolás y de mi naturaleza. Apretó mi mejilla contra la suya mientras frotaba mi nariz en su cabello, he adquirido la costumbre hacer esto cada vez que le susurraba un secreto al oído.

—Mientras pueda seguir disfrutando de momentos así, no me importa lo que tenga que hacer el resto del día. —Dejé un beso chillón en el lóbulo de su oreja, como buscando quitar un poco de tensión a esta conversación que se estaba tornando algo seria—. Además, tengo todo fríamente calculado. ¿Qué podría pasar?

Mariela tomó mi rostro desde mi mentón, buscando hacer contacto directo con mis ojos. Su expresión se había endurecido y sus ojos comenzaban a humedecerse.

—Podrían matarte, estúpido. —Intenté romper el contacto visual, pero ella volvió a colocar mi cara frente a la suya, evitándome escapar de su mirada de reproche—. Lo digo en serio.

—¿Te preocupa que me puedan llegar a lastimar a mí, o que lo lastimen a él?

Mariela no me dijo nada, solo se levantó de la cama y comenzó a vestirse mientras me daba la espalda. Estaba enojada, pero yo también sentí una fuerte necesidad de reprocharle algunas cosas. No sé por qué lo dije, pero el tono sobreprotector de Mariela hizo que por primera vez sintiera celos de Nicolás. ¿Acaso yo no le importaba? ¿No se suponía que nos quería a los dos por igual? Este tipo de discusiones hacían que Nicolás y Mariela terminaran por pelearse y pasar semanas separados. Ahora lo entiendo, seguro que en más de una ocasión Nicolás se sentía subestimado por su novia, y a partir de ahí, las peleas eran inevitables.

—Mariela, perdóname. Yo no q... —Me puse de rodillas en la cama e intenté arreglar las cosas, pero mis jeans me silenciaron cuando se adhirieron a mi rostro. Cuando pude sacar el pantalón de mi cara, una especie de latigazo colisionó con mi mejilla. Mariela me propinó una de sus mejores bofetadas, pero no dolía tanto por la fuerza del golpe, sino por la desgarradora sensación que me decía una sola cosa: la había cagado.

—Andate a la mierda, Nico. —Por un momento sentí una especie de *dedéjà vu* después

escuché cómo la puerta se azotaba frente a mí.

«Es cierto, soy un estúpido. Yo no soy él, mucho menos tendría que fingir ser así».

Salí de su casa sin siquiera despedirme. Si ella no quería hablarme, mucho menos yo iba a perseguirla para pedirle perdón. Estaba enojado; enojado con Mariela, enojado con Nicolás, enojado con esta puta existencia que me tocó vivir, enojado con el mundo que de a poco me fue moldeando en el interior de mi creador y también estoy muy enojado con Dios por permitir que pasara esto. ¿Por qué me tocó vivir de esta forma? ¿Acaso habré hecho algo malo en una vida pasada y ahora estoy pagando por mis pecados?

¿Quieren que les cuente un secreto? Me odio a mí mismo, por lo que soy y por lo que nunca podré llegar a ser... Pero más odio a mi creador, por ser tan cobarde e insignificante, por ser tan débil, tan blando, y aun así recibir tanto afecto de la gente que lo rodea cual si recibiera una recompensa por ser tan mediocre.

«Te prometo esto, Nicolás: la mediocridad se termina hoy mismo».

CAÍN V (Tiempo de jugar solo)

La esclavitud siguió perdurando en el siglo XXI. Nunca desapareció, tan solo cambió su nombre, se dividió en diferentes rubros con tal de pasar por debajo del radar de las leyes e instituciones que una vez juraron abolirla.

La trata de blancas es hoy en día el tipo de comercio que le quita sus hijos a los pobres para divertir a los ricos más excéntricos. Creo que lo que más hace que me hierva la sangre es la gigantesca incertidumbre que se produce alrededor de esto, como si los Estados no dispusieran de los recursos necesarios para erradicar este tipo de rubro.

Y es que no lo hacen, y es que no lo detectan, y es que no lo ven con suficiente claridad, porque no quieren hacerlo. Y es que no quieren hacerlo, porque quienes deben imponer el orden, quienes deben hacer respetar los derechos y quienes deben legislar y gobernar en pos del bienestar de su pueblo también son cómplices de dichos crímenes. Algunos de manera directa, otros quizá solo sean observadores que han preferido callar en vez de tener que enfrentarse a todo ese conglomerado de gente que, en lugar de erradicar, incentiva. La estructura del Estado está corrompida, desde la base de la pirámide hasta la cima, y es que el poder los ha corrompido, ha infectado sus terrenales deseos para terminar por contaminar su alma.

¿Cómo harías para identificar a las manzanas que están pudriendo el cajón? Si quisiera llevar adelante una comisión de investigación, se correría el rumor y les daría tiempo a los involucrados de tomar medidas necesarias para cubrir su rastro.

Temo que tendré que hacerlo por la vía clandestina. Al parecer, ese sigue siendo, por descarte, el estilo más adecuado y efectivo...*Mi estilo*.

Debía volver a indagar como la última vez, guiarme por alguna noticia, algún comentario o algún rumor sobre cualquier tipo de actividad sospechosa en las calles de la ciudad. Es cierto que he escuchado algún que otro comentario de pasada sobre autos circulando cerca de las escuelas o por zonas de poca circulación donde es más lógico que un lobo encuentre a una oveja sola y apartada del rebaño.

«En algún momento se encontrarán con un lobo que caza lobos».

No le he escrito a Nicolás desde mi última pelea con Mariela, mucho menos he hablado con ella, ni siquiera nos envió algún mensaje de texto en los últimos días.

A partir de aquella noche solo me limité a actuar por cuenta propia. Me di cuenta de que nunca me hizo falta ayuda, mucho menos de mi creador, yo mismo puedo encender la computadora y revisar cualquier tipo de portal de noticias, locales o nacionales.

«No sé cómo estuve perdiendo mi tiempo aceptando su ayuda».

CAÍN VI

El mismo Ford Sierra de color blanco circulaba por la misma escuela secundaria todos los miércoles a la misma hora de salida.

Primero, la rutina era pasar una vez por la calle de enfrente del establecimiento. Claro que no podían levantar ninguna clase de sospecha, puesto que se trataba de una escuela que se encontraba sobre una avenida. Inclusive me costó poder notar la anomalía, ya que después de ese primer movimiento, el auto se estacionaba por algunos minutos en un punto ciego donde no podía observarlo sin ser visto.

Por fin, cuando me aseguré de las verdaderas intenciones de los dos hombres del Ford blanco, me metí en el juego.

Primero esperé a que se bajara el acompañante, quien tenía la rutina de merodear fingiendo que entraba a apostar a una lotería ubicada en las cercanías de la escuela. No fue difícil dejarlo tendido inconsciente en el momento en que se encontraba fuera del rango de visión de su compañero. Gracias a Dios pude ocultarlo en un contenedor de basura, donde con suerte despertaría antes de que el camión recolector lo metiera en su compactadora.

«No creo tener tanta suerte. Seguro lo volveré a ver».

Tomé por sorpresa al conductor acercándome al auto por la parte de atrás y me subí al asiento trasero.

—Si aún querés tu cuello intacto, más te vale seguir mirando al frente y arrancar el auto. —El conductor hizo un gesto como para darse la vuelta para mirarme cuando lo anticipé sujetando su tráquea cual si mi mano fuera la garra de un águila y presioné lo suficiente hasta oír un gemido ahogado—. Dije que arranques.

—No sé qué estás buscando, pero plata no tengo para darte.

—Quiero algo de más importancia y espero tu cooperación. —Noté cómo me observaba por el espejo retrovisor.

Arribamos a una casa localizada en una zona bastante apartada en la ciudad. Si uno se sienta en la calle, quizás tardaría una hora hasta poder ver un auto o alguna persona pasar por ahí. No podrían haber elegido mejor lugar.

La casa se encuentra rodeada por un muro perimetral de unos dos metros de altura y, detrás de este, una hilera de pinos que eliminan cualquier posible rango de visión desde el exterior. Lo que sea que ocurra ahí dentro, a menos que atraveses el portón, no podrás saberlo.

Al abrir la puerta principal del domicilio ingresamos en una completa penumbra: las ventanas se encontraban cubiertas por gruesas cortinas. Hasta el momento, mi rehén se mostraba muy colaborativo, seguía caminando delante de mí mientras atravesábamos un living, pero al cruzar el umbral de la puerta de una habitación, un fuerte golpe en mi nuca consiguió tomarme por sorpresa y derribarme.

«No estamos solos».

PECADO MORTAL

No sé cuánto tiempo habré dormido, pero se sintió como si hubiera sido un día completo. Sin embargo, cuando observé la hora la pantalla de mi teléfono celular, me devolvió que apenas eran las ocho de la mañana.

Algo me había despertado, era un ruido constante, aún me encontraba algo dormido y por alguna razón no podía identificar de dónde provenía. Miré la pantalla de mi teléfono para apagar la alarma, pero no se trataba del despertador. Empecé a identificar algunos diálogos y me di cuenta de que el televisor de mi habitación se encontraba encendido. Me pareció algo extraño, porque no recuerdo haber visto la televisión la noche anterior, mucho menos acostado. Estiré mi mano en dirección hacia la meza de luz junto a mi cama en busca del control remoto, pero no se encontraba ahí.

—Si buscás el control remoto, está de este lado. —Una voz que no conocía me hizo saltar de la cama. Pero la voz no era lo único desconocido. Otra vez me encontraba durmiendo bajo un techo ajeno. Miré en la dirección de la que provenían esas palabras y me encontré con una niña sentada en una silla a un costado de la cama de hospital donde estaba.

Yo no sabía qué mierda estaba pasando en ese momento, comencé a mirar en todas las direcciones como buscando algo, pero no sabía qué.

La niña aparentaba tener unos diez años, tenía el pelo rubio y un poco revuelto y maltratado, como si hubiese estado varios días sin lavarlo o peinarlo. Se quedó mirándome, como si esperara alguna respuesta de mi parte.

—¿Qué hacés acá? ¿Dónde estamos?

—Me pediste que me quede cerca de vos —me dijo frunciendo el ceño, como si no le cayera bien lo que le dije.

—¿Cómo que te...?

La puerta de la habitación se abrió y detrás de ella entró mi madre junto con un hombre vestido con un guardapolvo blanco.

Estaba a punto de decir algo, cuando detrás de ellos ingresó a la habitación el inspector que me había interrogado en la comisaria y en su mano derecha traía algo que podría aclarar todas mis dudas: mi cuaderno.

—Esto explica tantas cosas. —Levantó el cuaderno a la altura de su hombro. Luego lo lanzó sobre mi regazo—. Te recomiendo que leas la última página.

La nota tenía una fecha que me desconcertó. Decía veintiséis de julio, y si mal no recuerdo, ayer era diez de junio.

—No puede ser, hoy es once de junio —le dije al inspector con incredulidad.

—Estuviste sin volver a casa desde el diez de junio —me explicó mi madre—. Y las últimas dos semanas las pasaste inconsciente en esta habitación.

—Cuando volviste a casa estabas gravemente herido y te estabas desangrando.

—Reconocí esa voz en la puerta de la habitación, Mariela también estaba al tanto de lo sucedido—. Y de la mano trajiste a esa nena con vos.

Me apresuré a leer el último testimonio de Caín tratando de comprender el porqué de esta situación. Como siempre, era conciso y poco detallista sobre sus actos.

Espero que nadie encuentre esto antes de que lo hagás vos. Lo que hice era inevitable y tenía que pasar tarde o temprano, porque, aunque no quieras admitirlo, era necesario. Nadie se iba a hacer cargo de este asunto, y por lo tanto, tuve que intervenir. Asumo toda la responsabilidad.

Si hay algo de lo que estoy seguro fue de que se hizo justicia de una vez por todas.

Solo te voy a pedir un favor: cuidá de la nena hasta que encuentre a sus padres. Según me dijo, le gusta mucho mirar televisión como a vos.

Caín.

—No entiendo. ¿Qué significa esto?

—Tu otro yo encontró la casa que utilizaba una organización que funciona en la trata de personas. —Miré a mi madre y a Mariela como esperando a que me dieran otra respuesta, pero solo agacharon la mirada.

—Imposible. No me dijo nada al respecto. Yo siempre fui el que le buscaba la información.

—Por lo que tengo entendido hace más de un mes te mantuvo dormido. Esa nota te debería bastar para darte cuenta de que ha estado actuando a tus espaldas.

—¿Qué fue lo que hizo esta vez? —De algún modo sabía la respuesta, pero necesitaba oírlo de alguien que pudiera devolverme a la realidad.

—Asesinó a dos personas.

La respuesta me paralizó por completo. Un escalofrío helado recorrió espontáneamente mi cuerpo, como esas situaciones en las que te asustás por haberte cortado muy profundo y de golpe ves que brota demasiada sangre de la herida, bueno, así es como me sentí entonces. Solo que la sangre que se vertió no era mía.

Quise incorporarme, pero una fuerte corriente eléctrica recorrió mi cuerpo y no pude evitar gemir de dolor.

—Por si no lo notaste, no salió ileso de la situación. —Bajé la vista y me di cuenta de que me encontraba cubierto de gasas, vendas, incluso de algunas heridas aún brotaba sangre, porque podía notar cómo se manchaba el blanco de las gasas.

—¿Qué paso?

—Asesinaste a dos hombres adultos de mediana edad con un pedazo de vidrio. Al parecer, ambos señores se encontraban armados un arma de fuego calibre nueve milímetros cada uno.

—¿Me dispararon? ¿Eso me quiere decir?

—No. Parece que esas heridas se las hizo usted mismo. Primero al romper una ventana, de donde sacó el arma homicida, para posteriormente romper una puerta que lo mantenía recluido.

Entonces me di cuenta. Caín había asesinado a dos personas. Y a los ojos del mundo yo era el asesino, un psicópata. Eso me hizo reflexionar tantas cosas, por fin entendí a lo que se refería cuando citó las palabras de Hamlet: «Los tiempos están desquiciados, maldita suerte haber tenido que nacer yo para cambiarlos».

Era inevitable y yo no lo supe hasta este momento. Estaba cargando con una mochila muy pesada, donde guardaba todos los pecados que había cometido, y la carga se volvía más y más pesada con cada día que pasaba. Era un peso que nunca me iba a poder sacar de mis hombros. Sentí que en cualquier momento tropezaría y que sería imposible volver a levantarme. Y la gravedad aumentaría y aumentaría cada vez más sobre mí, obligándome a arrastrarme el resto de mi vida.

Es más que claro que todo terminó aquí. El juego de ser alguna especie de superhéroe se terminaría ese mismo día y solo yo tenía las llaves para sellar a aquella bestia.

MANCHAS COLOR CARMESÍ

- Nico, ¿qué te está pasando en este momento?
- Solo quiero dejar de ser lo que soy. Ya no quiero un día más de esto.
- ¿A qué te referís cuando decís «esto»?
- Lo quiero lejos de mi vida. Quiero que no tenga ni la más mínima posibilidad de volver.
- ¿Quién no querés que vuelva? ¿A quién querés mantener lejos y apartado de tu vida?
- Usted sabe a quién me refiero. ¡No se haga el desentendido!
- Nico, necesito saber quién es la persona de la que me estás hablando.
- ¿Para qué? Usted sabe precisamente a quién me refiero. Es justamente la razón por la que acepté venir a este lugar. Usted me trajo, ¿no lo recuerda?
- Necesito que me lo digas, que expreses con claridad tus sentimientos, solo así vas a saber y comprender qué es lo que verdaderamente querés para vos.
- ¿Le puedo hacer un pedido efectivo?
- Claro. Por supuesto. Estamos en confianza.
- Quiero que se deshaga de Caín.
- Perdón, pero no puedo llevar adelante tal cosa.
- Quiero que se deshaga de Caín. Por favor.
- Nico, yo no puedo hacer eso.
- Por favor, doctor, deshágase de Caín... Se lo suplico. —Sentí algo tibio que rozaba mis mejillas. Fue cuando me di cuenta de que estaba llorando frente a un desconocido y no me importaba. Solo quería terminar con esto de una vez por todas.
- Yo no puedo hacerlo.
- ¿Por qué? ¿Porque no quiere ayudarme?
- Esa persona a quien llamás Caín es parte de vos, parte de tu personalidad, de tu espíritu, de tu esencia. Y yo, como profesional, no puedo deshacerme de esas cosas.
- Yo no soy como él.
- Yo no dije tal cosa. Simplemente te digo que deberías aceptar ese matiz que tiene tu personalidad. Solo así vas a poder tomar las riendas del asunto.
- ¡Yo no soy como él!
- Algún día vas a entender qué es lo que intento decirte. Dale tiempo.
- Váyase a la mierda, doctor. ¿Alguna vez se lo dijeron?
- Más veces de lo que te podés llegar a imaginar.
- Usted no entiende.
- ¿Qué es lo que no entiendo, Nico?
- Usted no quiere entender.
- Por favor te pido. Poneme a prueba. Dame una oportunidad para ayudarte.
- Usted no sabe lo que se siente el cargar con todo esto.
- ¿Con qué? Ponelo en palabras.
- Con estos pecados.
- No. Es cierto, no lo sé. Pero mis intenciones de ayudarte son sinceras. Solo te pido un poco de fe.
- Quisiera saber cómo hacer para que se vayan.
- ¿Qué es lo que debe irse?
- Ya no quiero verlas de nuevo.
- ¿Qué es aquello que querés dejar de ver?
- Quiero que desaparezcan... —Me quité los guantes que llevaba puestos.
- ¡Decime! ¿Qué es aquello que querés que se vaya, que se desvanezca?

—Las manchas de sangre de mis manos. —La imagen era perturbadora, no importaba cuantas veces se repitiera. No importaba en qué momento del día fuese, mis manos estaban manchadas de sangre. Sin importar cuánto las lavara y fregara, el color carmesí seguía ahí, recordándome mis pecados, recordándome... mi verdadera naturaleza.

REINTEGRACIÓN

Me he quedado solo, y quizás sea mejor así.

Este es el resultado de haberme sumergido en lo más profundo de la oscuridad. Solo yo me he hundido, nadie vino conmigo en este viaje. Nadie me acompañó en tan desolado recorrido y, por tal motivo, hoy me encuentro en esta habitación desolada.

Quizás haya cometido el peor error de mi vida al tomar las decisiones que me convirtieron en lo que soy ahora, pero estoy seguro de que en el momento que las llevé a cabo me encontraba convencido de que era lo correcto. Alguien tenía que hacerlo, y tal vez yo no haya sido el más indicado para la tarea, pero entonces era el único, y por ser el único, eso me convirtió en el indicado. Porque si de algo estoy seguro es de que muchas veces las cosas deben empeorar antes de que mejoren. Para que muchos disfruten de una mejor vida, uno debe tomar la iniciativa y ensuciarse las manos para que el resto conserve su conciencia limpia y libre de culpa. *Debes ensuciarte las manos para que otras manos permanezcan limpias y libres de culpa.*

Me duele demasiado. Puedo asegurarles que no existe nada más doloroso que tener el corazón roto. Mariela se ha rehusado a visitarme, pese a que reiteradas veces le pedí que viniera a verme. Luego de la desilusión de Mariela, otras personas queridas han venido a visitarme. Pero por algún motivo ya no acepté ver a nadie. Incluso Natalia vino una vez, pero no me atreví a dejar que viera al monstruo en que me convertí.

«¿Acaso solo esperaba recibir a una sola persona?».

La vergüenza que siento me impide por completo ver de frente a mis seres queridos.

«Quizá me quede algo de humanidad que me genere un poco de culpa por los actos que cometí».

Ya no sé quién soy en este momento. Siento como si se hubieran reintegrado Nicolás y Caín, y como resultado estuviese ahora completamente perturbado, sin saber cuál de los dos soy.

Mis recuerdos son confusos. Lo que una vez sentí que eran sueños o meras alucinaciones ahora han mutado en algo parecido a recuerdos de alguna especie de vida pasada. Por momento son tan lúcidos y reales que puedo recordar cada detalle de ellos como si los experimentase en carne propia. Por momentos, perversos sentimientos de gozo, y por momentos, penosos sentimientos de culpa.

Nunca creí que mis acciones me alejarían por completo de toda experiencia de felicidad y calidez. Por eso decidí aceptar la realidad y recluirme en este lugar. Ya no hay nada que me conecte al mundo exterior. Nada tengo que extrañar de mi pasado y con el daño que he causado, seguro no debe haber nadie que me extrañe allá fuera.

Caín se ha ido, y nadie ha venido a despedirlo. Nicolás se fue junto con él, y al parecer nadie lo extraña en su ausencia.

Yo, sin reconocerme a mí mismo, respondo al nombre de Nico, pero solo porque lo dice la pulsera que colocaron en mi muñeca.

Me llamo Nicolás y tengo trastorno de personalidad disociada. ¿Qué será lo que haré ahora con mi vida? Tan solo el tiempo lo decidirá.

REHABILITACIÓN

A veces me gustaría saber qué quiere de verdad el terapeuta. Se muestra la mayor parte del tiempo interesado porque intento comportarme, dentro de ciertos parámetros, como una persona normal. Pero también es cierto que en vez de permitirme olvidar y dejar en el pasado quién fui antes de entrar en este lugar, pareciera que buscara convencerme para que acepte a ese que fui. Suele concluir las sesiones con la frase «Jekyll y Hyde son la misma persona», en esos aspectos puede resultar muy frustrante. Mariela me planteó, en el pasado, muchas veces el mismo punto de vista, pero por alguna razón no me molestaba cuando ella lo hacía.

Y pareciera que no son los únicos. Mi amigo Leandro, cada vez que viene de visita, insiste en contarme todas las cosas que pasaron los últimos días desde que me vino a ver por última vez.

¿No se supone que estoy encerrado acá para dejar todo eso en el pasado?

«Creo que ya les he causado suficientes problemas a muchas personas con esos delirios de grandeza que padecí los últimos meses».

Cuando me dispuse a jugar una partida de ajedrez con el mismísimo emperador Napoleón Bonaparte, o al menos así se presentó mi compañero de partida, llegó Leandro algo nervioso.

Quería hablarme de algo urgente. Me pidió que lo siguiera a un lugar donde pudiéramos hablar sin ser escuchados por el personal del lugar.

Cuando encontramos un dormitorio vacío entramos sin ser vistos, cerró la puerta y me contó qué estaba pasando.

—Hace dos días que no sabemos nada de Natalia —me dijo.

—¿Cómo que no saben nada? ¿Cuándo la viste por última vez?

¿Qué está pasando? Natalia me vino a visitar apenas hace dos días y ahora no saben dónde puede estar.

—¿Avisaron a la policía? —pregunté.

—No. —Esperé a que continuara con su explicación, pero se quedó en silencio.

—¿Llamaste a su familia? —A lo mejor se había cansado del cursado en la facultad y se había tomado unos días para visitar a los padres.

—No. La familia no sabe nada —me contestó.

—¿Por qué me lo venís a decir a mí?

—La gente de la zona donde se la vio por última vez me comentó que con frecuencia anda circulando un Ford Sierra color blanco, con vidrios polarizados. Más de una vez la han denunciado en la comisaria porque suelen parar cuando ven a alguna chica caminando y le insisten en llevarlas a la casa.

—¿Por qué me lo venís a decir a mí? —insistí.

—A la hora que pudo estar volviendo a la casa, después de venir a visitarte, se la llevaron en el auto que te describí. —Leandro seguía hablándome de los hechos sin responder a lo que le estaba diciendo.

—¿Por qué me lo venís a decir a mí? —grité con fuerza.

Estaba frustrado, impotente. ¿Qué podía llegar a hacer un psicótico como yo? No soy policía.

—¿Qué se supone que deba hacer yo? —le dije. Leandro permanecía en silencio—.

¿Qué se supone que pueda hacer? No tengo nada, el otro tipo era el que tenía una mínima posibilidad de traerla de vuelta y todos quedamos de acuerdo en que no volveríamos a hacerlo venir. No con lo que hizo. —Me desplomé en una silla de la habitación.

Leandro se quedó en silencio. De golpe me dio la espalda y empezó a buscar algo en

su bolso. Podría jurar que no traía nada en la mano cuando entró. Quizá no llegué a ver el bolso porque no me atreví a verlo de frente cuando lo vi llegar.

—No le estoy pidiendo ayuda a él, te la vine a pedir a vos —me contestó, sacando algo de color negro que estaba dentro del bolso.

Era un chaleco kevlar, de los que utiliza la policía de la provincia.

—¿Yo? Ja, ja, ja... ¿De dónde sacaste eso? No tengo nada de qué valerme —le respondí bajando la cabeza.

—¿Nada? ¿Qué es lo que siempre lo caracterizó desde un principio? La fuerza, la velocidad, la técnica.

—Sí, algo que yo nunca tuve.

—¿Por qué no abris los ojos? Comparten el mismo cuerpo, los mismos músculos, los mismos huesos, los mismos instintos. ¿Te parece que no tenés nada?

—Yo no soy como ese tipo. Él es un asesino. Podía golpear a una persona hasta que se enfriara por completo su cuerpo.

—Por favor. Lo único que los diferencia es la actitud. Sí, es cierto, él es un asesino. No te estoy pidiendo que seas como él, sino que tengas confianza en lo que tenés y podés hacer. —Me ofreció el chaleco. Aún no me decía de dónde lo había sacado, pero insistía en que lo usara.

—¿Qué hacés? —le pregunté, confundido.

—¿Que no es obvio? Quiero que vuelvas a ser un héroe. —Sus palabras provocaron que apretara mi puño con fuerza.

—¿Por qué debería hacerlo? —Estaba algo desorientado.

—Porque sé muy bien para qué naciste, para qué nacieron ambos. No solo Caín, sino también Nico.

—Él es el imparable, yo solo soy un completo cagón.

—No. No estás prestando atención. Ambos se complementan, son las dos caras de una misma moneda. Cuanto más rápido lo aceptes, más rápido va a llegar el momento en que los dos se complementen y lleguen a ser parte de algo más grande que lo que pueden llegar a conseguir hacer por separado.

—Perdón, pero no me voy a poner eso. No puedo salir. Me estoy recuperando de un periodo alucinatorio, que al parecer también es contagioso —le repliqué con tono sarcástico.

—¿Vas a dejar que se la lleven? ¿No se supone que era alguien importante en tu vida?

—me preguntó, subiendo el tono de la discusión.

—Todavía lo sigue siendo, pero esto es trabajo de la policía. Ellos se van a hacer cargo de la situación.

—Eran policías los que se la llevaron. La policía está sucia. ¿Por qué te pensás que no fui a hacer la denuncia? No sabemos quién de adentro puede estar metido. —Me golpeó en el pecho con la mano que sostenía el chaleco de Kevlar—. ¿Querés que se la lleven? ¿Querés que la esclavicen, que la violen? —Comenzó a subir cada vez más la voz—. ¿Querés que la esclavicen, que se la vendan a alguien que la obligue a prostituirse, o peor, que la tengan guardada como un juguete? Contestame. ¿Querés eso? ¿No se suponía que te habías enamorado? Eso no es amor, loco, eso no es amor —me gritó.

La sangre me estaba hirviendo. La sensación parecía idéntica a los episodios que tuve de recaída, pero ahora había algo diferente. Mientras me seguía presionando Leandro, perdí el control y lancé un golpe frontal con mi pierna derecha en la boca de su estómago, con tanta fuerza que el impacto lo arrojó con violencia y lo hizo chocar contra la pared que se encontraba a sus espaldas. El estruendo fue tan grande que intuí que en cualquier momento alguien vendría a interrumpir la discusión.

Nos quedamos en silencio. Por primera vez tuve control de mi ser sin que necesitara de la ayuda del otro sujeto. Esta vez me iba a valer por mí mismo para ayudar a quienes

más quería. Con la situación en que se encontraba Natalia, no importaba si tenía que romperle la cara al mismo diablo para traerla de vuelta. Me agaché a recoger el chaleco que había traído Leandro y pude percibir de reojo que una pequeña sonrisa se dibujaba en el rostro de mi amigo.

—Voy a buscarla —le dije.

—Anda con Gutiérrez, te está esperando afuera en un auto. Él te va a poner al tanto de todo. Tiene guardadas algunas cosas que te pueden servir.

—¿Quién es Gutiérrez? ¿Vos qué vas a hacer? —pregunté.

—A mí me toca hacer de bulto en tu cama.

Intercambiamos nuestras ropas y me fui lo más rápido que pude por la puerta principal. La última vez que atravesé esa puerta venía a este lugar tratando de alejarme de la realidad. Esta vez, la realidad se metía con violencia en el sitio donde me encontraba recluido tratando escapar de ella.

LA PUNTA DEL ICEBERG

Debí imaginarme a que se refería Leandro cuando me insinuó que Gutiérrez era «alguien que me conocía muy bien».

Y es que Gutiérrez es alguien que ha tenido puesto los ojos en mí desde que comenzó todo esto. Me interrogó cuando desperté después de Año Nuevo en la celda de la comisaría y desde entonces ha venido pisándome los talones (o pisándole los talones a Caín).

El inspector Gutiérrez me esperaba en un auto cuando salí de la clínica dejando a Leandro tomar mi lugar. Gracias a Dios nadie notó mi presencia cuando atravesé el corredor principal en dirección a la puerta de entrada, pero, pese a eso, me llevé un gran susto cuando vi al inspector que quería verme encerrado esperarme en un auto en la puerta de la clínica.

—¡Suba! —me ordenó al ver que me acercaba al auto.

—¿Por qué debería hacer caso a lo que dice?

—Porque ese chaleco que lleva puesto es un regalo de mi parte. ¡No me haga perder el tiempo y suba de una vez!

Después, todo lo que recuerdo fue encontrarme en su despacho recibiendo instrucciones de nuestra pequeña operación clandestina a gran escala.

Al principio me pregunté por qué razón era que me podía estar ayudando a encontrar a Natalia, pero al ponerme al tanto de la situación, todas las piezas que hasta el momento parecían no encajar en ningún lado le dieron forma a una imagen tan nítida y escalofriante que no pude evitar sentir el estómago revuelto.

Y es que el inspector no estaba ayudando a un pobre e insignificante estudiante con problemas psicológicos a encontrar a su amiga. Por el contrario, era el inspector quien le estaba pidiendo ayuda al pobre estudiante, puesto que, sin importar la posición de autoridad que este tenía, era inútil para él recurrir a un sistema altamente burocrático que se encontraba por completo corrompido hasta la médula.

—El Estado de Derecho no sirve de nada si no existen personas que velen por hacer que se cumpla. —Me ofreció unos documentos que guardaba en un cajón de su escritorio—. Yo no puedo intervenir, porque a esta altura puede que toda la gente que tengo a mi cargo se encuentre involucrada, pero puedo darte la ubicación del lugar donde pueden tener a tu amiga.

Me detuve a revisar los documentos que me entregó. Dentro de la ciudad se encontraban señalados unos dieciséis puntos donde funcionaban las operaciones de la organización con la que se topó Caín.

—No entiendo. Acá dice que en estos lugares cocinan droga o la distribuyen. ¿Qué tiene que ver con la gente que estoy buscando?

—No lo entendiste todavía. Lo que estás viendo no es simplemente algo relacionado con la trata de personas, sino un conglomerado que controla todo el comercio ilegal, y esta es solo la punta de iceberg.

«¿Por qué será que tengo tanto miedo de escuchar el resto de la explicación?».

INGRESANDO EN LA OSCURIDAD (El punto sin retorno)

Chaleco kevlar, protectores de manos y antebrazos (Shank & Instep), protectores de hombros (Croup & Thigh), protectores de rodillas y tibia (Arm) y por último y no menos importante, un casco.

Exceptuando el protector del torso, que reemplacé por el chaleco kevlar debido a que me proporciona más libertad para moverme, mi apariencia era similar a la de un policía antidisturbios. Ya saben, de esos que se ven muchas veces en la TV, que andan con sus escudos y sus garrotes golpeando a las multitudes.

Ahora me tocaba a mí enfrentarme a una multitud, y lo más seguro era que se encontraran armados. Pese a este inconveniente, no acepté la Bersa nueve milímetros que quiso prestarme el inspector Gutiérrez. Mi intención no era matar a nadie, solo los iba a lastimar un poco.

Claro que ante mi negativa de no entrar armado, Gutiérrez terminó por ofrecermelo algo menos violento, pero más adecuado a mis preferencias: un palo Spontoon, típico del equipamiento policial, y algo que nunca creí poder tener en mis manos: dos lojas Barddal.

Debo admitir que las lojas fueron mi regalo preferido, ya que son fáciles de portar y más adecuadas para las pocas técnicas de Kenpo que conozco con armas.

—Con todo esto creo que existen menos posibilidades de que me maten.

—Recuerde devolver todo el equipo cuando termine —me señaló Gutiérrez antes de abrir la puerta de salida del depósito de su comisaría.

«Yo que pensé que se había acordado de mi cumpleaños», habría pensado Caín, pero la verdad, yo estaba demasiado asustado como para hacer algún chiste en ese momento.

Al salir de la comisaría, me llevó en su auto a uno de los lugares que se encontraban marcados en el mapa. Por desgracia para mí, el lugar donde me llevó era el más aterrador que pude haber pisado de entre todos: un galpón abandonado en el puerto de la ciudad.

Todavía recuerdo las veces que pasé por ese mismo lugar cuando era un niño. El solo presenciar esa megaconstrucción toda deteriorada, con sus aberturas cubiertas de óxido y sus cristales rotos, no podía pensar en otra cosa más que en esos lugares oscuros donde suele aparecer Freddy Krueger.

Sé que no era un momento muy oportuno para traer a mi mente las imágenes de las películas de terror que tantos escalofríos me hacían pasar cuando era un niño.

Estacionamos el auto en una calle oscura, en las proximidades al galpón. Gutiérrez no pudo evitar contarme la historia de cómo ese lúgubre lugar fue, una vez, alguna especie de fábrica donde se construían botes y, posteriormente, lanchas para pescadores. Claro que todo esto ocurrió muchísimos años antes de que se convirtiera en un foco de la clandestinidad.

Al acercarnos al punto de contacto, lo primero que pudimos percibir fue la completa ausencia de actividad en el exterior. Todas las ventanas habían sido cubiertas con alguna especie de plástico negro, similar a las bolsas de basura, que impedía por completo la visión del interior.

—¿Cómo sabe que la trajeron a este lugar? Usted mismo marcó otros quince lugares en el mapa donde pudieron haberla llevado.

—Ella está acá, mañana a primera hora llegará el barco que utilizan para exportar.

El solo escuchar la palabra «exportar» hizo que apretara con tanta fuerza la mandíbula, al punto que sentí como si mis muelas superiores se incrustaran en las inferiores.

—Entonces no hay que pensarlo mucho. —No me quedaba más remedio que armarme

de valor y adentrarme en esa oscuridad.

Me acerqué con sigilo a la entrada más cercana y me detuve intentando escuchar si se encontraba alguien circulando en las cercanías. Hasta el momento no había podido escuchar nada desde la puerta y me dispuse a ingresar al edificio. Parecía que la planta baja se encontraba por completo deshabitada, eso me dejaba un poco aliviado, pero también inquieto, ya que quizás iba a ser más difícil ingresar al primer piso.

Preparé las dos lojas que me había prestado el inspector y comencé a subir por las primeras escaleras que encontré. Al cabo de pisar los primeros escalones, mi corazón se detuvo: detrás de lo que parecía una entrada de dos puertas escuché carcajadas y la voz de un hombre que se acercaba a mí.

—¿Quieren algo del kiosco? Voy a comprar puchos.

DIES IRAE

«—¿Quieren algo del kiosco? Voy a comprar puchos».

No sabía la verdadera causa de mi parálisis, si el haber escuchado voces y comprobar que el sitio se encontraba ocupado, o si, al contrario, los pasos acercándose en mi dirección eran el auténtico disparador de mi adrenalina y el sudor frío.

Eso ya no importaba, era imposible esconderse en tales condiciones.

Por un momento experimenté algo similar a tantos episodios previos a la llegada de Caín; las fuertes palpitations que producían vibraciones en mi pecho, la fuerte descarga de adrenalina que producía temblores en mis manos, y cuando todo estaba por ser como de costumbre, algo pasó:

«—Rompeles la cara».

Resonó una voz en mi mente y mi reacción fue espontánea. Lo último que recuerdo fue mi rodilla derecha tocando mi pecho antes de patear de manera explosiva la puerta que estaba, a un segundo, a punto de abrirse. Detrás de sí, la frágil nariz de un malviviente se volvía cartilago triturado sazonado en abundante sangre. Era tiempo de avanzar a mi próximo blanco.

Gracias a Dios, el primer piso era diferente a la planta baja. Al parecer se encontraba en el pasado lleno de oficinas, por lo que me vi recorriendo un largo pasillo lleno de puertas y conectado a otros pasillos.

Tras una puerta entreabierta salió un tipo con un arma de fuego justo en el momento preciso antes de que pasara por su salida. Realicé un corte transversal con la loja de derecha a izquierda, golpeando el antebrazo que estaba a punto de encañonarme, pero no me detuve ahí, sino que automáticamente retraje la loja hacia mi hombro izquierdo e hice que trazara una línea recta en dirección hacia la sien de mi atacante. Por suerte, eso bastó para que cayera inconsciente.

Ahora me encontraba en aprietos, ya que mi entrada había causado muchos estragos y los fuertes ruidos atrajeron la atención del resto del personal.

«—Sin piedad, Nico».

Alguna fuerza sobrenatural se estaba apoderando de mi cuerpo. En una milésima de segundo me encontraba arrojando al primer rostro que apareció en mi campo de visión la loja de mi mano derecha, para luego tomar el arma que se encontraba a mis pies y dispararle a otro sujeto que venía detrás.

¿Qué era lo que me estaba pasando? ¿Y por qué mierda no podía detenerme? ¿Acaso Caín había regresado y yo me encontraba en una especie de estado lúcido de anestesia?

Continué corriendo por el pasillo y doblé a la izquierda para buscar las escaleras más cercanas, cuando de estas bajaba un pequeño contingente de unos diez hombres percatados por mis disparos de hacía un momento.

Comencé a dispararles con el arma que tomé prestada mientras corría hacia ellos y ellos hacia mí. Los de adelante venían armados, pero no tuvieron la oportunidad de gatillar y con ellos se fueron mis últimas balas.

Arrojé el arma y me tiré al piso girando sobre mi hombro derecho justo antes de que uno de mis atacantes gatillara apuntando a mi cabeza, mientras yo, aprovechando el impulso de mi salto, recuperé la verticalidad con rapidez y, continuando con la inercia, hice colisionar una patada voladora en el rostro de mi ejecutor.

Después, todo se volvió muy confuso. Apenas recuerdo haber recibido algún que otro golpe, que fueron casi por completo absorbidos por mi equipamiento. En un momento, alguien me quiso sorprender por la espalda con un cuchillo y en una maniobra que se sale de mi entendimiento le arrebaté el arma blanca y terminé por apuñalarlo con ella.

Me vi a mí mismo con las manos manchadas de un intenso color carmesí y a mi paso, detrás de mí, la calamidad personificada por decenas de hombres, algunos muertos, otros gravemente heridos, todos tendidos en el suelo simulando una trinchera que acababa de ser bombardeada por morteros enemigos.

Revisé cada rincón del primer y segundo piso, pero Natalia no se encontraba en ninguno de ellos. Solo quedaba el último piso, y ahora existía la posibilidad de que todo ese operativo hubiera sido en vano.

DIES IRAE II

Sin importar por dónde buscara, no había rastro en todo el tercer piso de Natalia, mucho menos la presencia de alguna otra persona. Tenía la sensación de que lo único que me hacía compañía era yo mismo.

En algunas oficinas había mesas llenas de dinero, puros billetes verdes; en otra, papeles, alguna que otra computadora portátil y alguna decena de armas de calibre corto, todas portátiles y fáciles de esconder.

Cuando llegué a un cuarto aún más grande, este se encontraba cerrado con candado. Me dispuse a revisar a quienes se encontraban más cercanos a la habitación, hasta que di con la llave del candado. Al abrir la puerta, al menos una tonelada de cocaína, o quizás heroína, me esperaba allí.

Más grande fue mi desilusión, ya que tenía la esperanza de encontrarme con Natalia del otro lado de la puerta. Ahora ya no me quedaba opción, iba a tener que subir al último piso y las escaleras que me conducían a este se veían demasiado oscuras como para suponer que aquel sector se encontraba habitado.

Comenzaba a tener la sensación de una profunda calma, como si todo lo que hubiera pasado hacía un momento fuese solo un producto de mi imaginación. Mi pulso se había calmado, mi respiración era normal, aunque subir esas escaleras incrementaba el miedo escalón por escalón.

Me detuve a mitad de las escaleras para enviarle a Gutiérrez un texto informándole sobre mi situación. Al instante recibí su contestación:

«No pierda más tiempo. Con el ruido que causó, los vecinos llamaron al 911. De un momento para otro van a llegar refuerzos tras usted».

Debo admitir que el mensaje no fue de mucho consuelo.

Continué subiendo al último piso y me detuve tras la puerta. No me atreví a abrirla. Miré por el rabillo de la cerradura y pude confirmar que del otro lado había una luz encendida, sin embargo, no podía ver nada más que claridad. Pegué mi oído a la puerta, buscando algún indicio de que alguien me estuviera esperando del otro lado, y entonces alcancé a captar una especie de murmullo. La voz era femenina y me resultaba familiar, pero mi corazón se detuvo cuando identifiqué a la perfección una segunda voz que también pertenecía a una mujer.

Impulsivamente, me apresuré a ingresar en la habitación. Era similar a la planta baja, sin puertas ni pasillos, todo el último piso era un monoambiente y ahí se encontraban ellas; no solo se habían llevado a Natalia, sino que Mariela también se encontraba ahí. Ambas estaban maniatadas.

¿Cuál era la razón de que se llevaran a las dos a la vez? ¿Acaso se encontraban juntas cuando pasó todo? Imposible, Natalia nunca interactuó con Mariela durante el cursado, ya que Natalia no concurrió a ninguna de las clases.

Y ahí me encontraba yo, un profundo alivio anunciaba que todo había terminado, que por fin podría arreglar las cosas, que por fin podría dejar atrás el pasado e intentar comenzar de nuevo sin necesidad de las mentiras, sin necesidad de aparentar ser otra persona. Por fin podría volver a ser yo mismo, pero toda esa paz se esfumó en un instante, cuando escuché un disparo y no pude evitar desplomarme en el suelo.

NICO

Cuando la puerta se abrió de par en par, sentí un poderoso ardor en mi muslo derecho. Era la primera vez en la vida que me disparaban. A penas conseguía controlar mi respiración, sentía que me asfixiaba y que volvía la fuerte descarga de adrenalina que había experimentado hacía un momento. Alcé la vista y pude notar que frente a mí se encontraba ese hombre a quien todos llamaban «el Jefe».

El cañón de su Beretta nueve milímetros se encontraba apuntando en mi dirección. Me estaba esperando. Ya decía yo que era demasiado fácil haber entrado en esa habitación.

—Parece que tus padres no te enseñaron que no tenés que entrar sin permiso en la casa de alguien.—Su tono era muy condescendiente.

«El Jefe» aparentaba tener unos cuarenta años, si no era un poco más. Era un hombre alto, más o menos de mi estatura. Por su aspecto físico parecía que levantaba pesas o se entrenaba a diario.

Mi primer impulso fue llevarme la mano derecha al muslo. Esto no podía terminar así. Tenía que sacar fuerzas de donde no tuviera para levantarme antes de que se me hiciera imposible poder hacerlo.

—¡Nico!—Escuché una voz desde un rincón de la habitación.

Alcé la vista y ahí estaba. Mariela se encontraba tendida en un sofá, o futón, junto a ella estaba Natalia. Sus ropas se veían maltratadas, parecía que había llegado a tiempo para frenar lo que pudo haberse convertido en la principal razón para quemar este lugar con toda la gente que estuviera adentro.

«Ahora no importa lo que me pueda pasar, tengo que asegurarme de que ambas salgan de acá».

Sentí una fuerte ira al presenciar esa escena, ya que tuve la sensación de que este tipo había querido aprovecharse de ambas. El tipo a quien conocían por Jefe se encontraba con el torso desnudo. De repente parecía que mis energías estaban volviendo. Estaba decidido a arrancarle el corazón, claro, si fuera posible realizar tal acción. La razón ya no tenía lugar en mi cabeza, comenzaba a volverme puro instinto. Entraba en estado *deshock*.

El Jefe, al verme tendido en el suelo, se acercó a Natalia, quien se encontraba tendida en el futón. La tomó del cabello y comenzó a arrastrarla hacia lo que parecía un viejo escritorio de metal. El tipo se desabrochó el cinturón del pantalón mientras jugaba recorriendo con caricias el cuerpo de Natalia con el cañón de su Beretta.

Natalia solo pudo cerrar sus ojos y rezar, rogando que esto fuera solo una pesadilla de la que estaba a punto de despertarse.

—Nico, ¡levantate! —La voz de Mariela me conectó de nuevo con la realidad. Se había alejado del futón y estaba junto a mí tratando de despegar mi cara del suelo—. Nico, sos el único que puede terminar con todo esto.

Yo, como de costumbre, me apoyé en ella una vez más para subirme de nuevo al potro, porque confiaba en que ella siempre estaría ahí, ayudándome a levantarme, y solo en ella confiaba para hacerlo.

Poco a poco comencé a ponerme en pie, rodeando mi brazo en los hombros de Mariela. Por un momento, nuestros ojos se cruzaron y me perdí por completo en su profundidad. Fue entonces cuando volvimos a caer. Un segundo disparo del Jefe penetró el pecho de Mariela y el sustento que me devolvía la fortaleza perdía poco a poco el rubor en sus mejillas. Por impulso intenté presionar la herida, pero era inútil; la pérdida de sangre era la menor de las preocupaciones.

—No, amor. No me hagas esto —le pedí mientras mi voz era ahogada por una especie

de nudo y mis ojos se empezaban a humedecer.

—Sos un tierno. Hace mucho que no me decías «amor». —Ahora era inevitable, las lágrimas empapaban mis mejillas como hace mucho no lo hacían—. Ahora volvés a saber quién fui una vez, hace mucho.

—¡Quien sos, querrás decir, boba! No te lo voy a perdonar nunca si me volvés a dejar. Sos el amor de mi vida, ¿no lo entendiste todavía?

Las lágrimas cubrieron el rostro de Mariela y después de fruncir los labios conteniendo el llanto, me dedicó su mejor sonrisa. Esa noche la perdí y desde entonces mi vida no volvió a ser la misma.

Del otro lado de la habitación, Natalia se encontraba acorralada por el responsable de todo esto, por un animal esclavo de sus deseos que pensaba estar imponiendo las reglas del lobo, pero este lobo no era más que un cachorro frente a los ojos de la bestia que ahora se encontraba a sus espaldas.

De pronto, Natalia escuchó el crepitar de algo sólido que se resquebrajaba. Abrió sus ojos y pudo ver que el brazo derecho del Jefe se encontraba completamente destrozado. Detrás del él, alcanzó a reconocer una silueta que sostenía el brazo roto a la altura de la muñeca.

—¡Nico!—gritó Natalia.

La bestia aplicó una toma al Jefe, arrojándolo a varios metros del lugar en donde se encontraba. Estaba aturdido, y sin saber qué era lo que en verdad estaba ocurriendo, comenzó a arrastrarse por el suelo mientras frente a él el verdugo comenzaba a acercarse con lentitud. A simple vista parecía un hombre fuerte, pero su brazo derecho se rompió con solo presionarlo un poco. Creí que pesaba al menos unos noventa kilogramos, pero lo levanté por encima de mi cabeza como si fuera un muñeco de plástico e hice que se estrellara contra el suelo. Parecía desorientado, en su rostro percibí miedo, confusión, y se movía muy lento, tan lento cual si ante mis ojos la realidad se moviera en cámara lenta, y no me tomara demasiado tiempo y esfuerzo el lanzarme encima de él.

Mis puños colisionaron en su rostro una y otra vez hasta que mis manos volvieron a teñirse de ese tinte carmesí que tanto las destacaban... pero quería más.

Comencé a golpear su pecho y pude escuchar el crepitar de sus costillas, una tras otra, y cómo cedían con facilidad a mis manos, cual si fueran las ramas de un árbol que se han secado con el pasar del tiempo.

«Quiero su corazón».

—Basta. Vas a matarlo. —Pude escuchar que alguien me hablaba a mis espaldas tratando de detenerme.

Se escuchó otro crepitar, parecía que habían arrancado una rama de un árbol. Pero no lo era.

Mis manos se habían convertido en cuchillos que de a poco atravesaban la piel del Jefe y comenzaban a arrancar, una por una, sus costillas.

—No... Nico, ¡basta! Te lo suplico.—Natalia comenzó a llorar desconsolada, tal pareciera, su amigo había desaparecido. Enfrente solo tenía a un animal salvaje intentando comer a su presa.

Ya era inevitable. Me encontraba cegado por el dolor y el odio, y un deseo de venganza que me intoxicaba hasta la médula.

Me detuve unos segundos para disfrutar un poco más los últimos latidos del corazón que tenía frente a mí.

—Los tiempos están desquiciados...

—¡No, por favor!

—¡Maldita suerte! Haber tenido que nacer yo para cambiarlos.

—¡Nico!

Natalia pudo reconocer la cita, era una cita que su amigo repetía, una y otra vez,

cuando juntaba una botella de gaseosa que habían tirado en la vía pública o cada vez que veía a alguien a quien se le había parado el auto en medio de una avenida y salía corriendo a ayudarlo.

Conociendo la forma de ser de su amigo, Natalia sabía que alguien estaba robando la cita que tanto amaba usar cuando realizaba una buena acción. Ella estaba segura de no estar equivocada, alguien había robado la identidad de Nico, pero el desconcierto llegó cuando pudo divisar algo que caía por su mejilla. Estaba llorando.

La bestia frente a ella introdujo su mano en el tórax ya completamente abierto del Jefe, y, cual guerrero que reclamaba la victoria después de una batalla, extrajo el corazón de su oponente. El conquistador por fin había ganado la guerra y estaba reclamando la corona del vencido. Se quedó observando el corazón por unos segundos para después terminar por arrojarlo por una ventana.

Después caminó en dirección hacia donde se encontraba el cuerpo de Mariela, cuando Natalia se paró frente a él obstaculizando el paso.

—¿Por qué tuviste que hacerlo?—Yo seguía en silencio—.Caín, así te llamás, ¿no? Decime, por favor, ¿por qué? Nico no es así, él jamás haría algo como esto.

—¿Quién dijo que era Caín? —Natalia se quedó muda ante la respuesta que acababa de recibir—.Todo el tiempo fui yo.—Nuestras miradas se cruzaron y en sus ojos pude notar que había creído lo que acababa de decirle.

Caín se había ido hacía mucho tiempo, y cuando lo hizo, todos los recuerdos que contenía regresaron, volviendo a inyectar mis venas con ira y sufrimiento. Pero el verdadero causante de la reacción en cadena fue el miedo, porque el sentir miedo por tipos como el Jefe me volvieron algo peor que él, y el miedo por perder a Mariela la alejó para siempre de mi lado. Pero lo que más escalofríos me provocó fue el miedo que sentí por este mundo que nunca tuvo intenciones de cambiar y, por lo tanto, no tenía más remedio que cambiarlo con mis propias manos.

FIN.

SOBRE EL AUTOR

Emmanuel Isaac nació el 30 de abril de 1988 en Paraná, provincia de Entre Ríos, Argentina. Pese a ser un estudiante de Ciencia Política, siempre sintió un fuerte interés por la ficción, lo que lo llevó a escribir su primera novela *Caína* principios del año 2015.